

178

# EL TEATRO.

---

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

---

## EL ABOGADO DE POBRES,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

SEGUNDA EDICION.



MADRID:

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1866.

# CATÁLOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

## EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...  
Amor de antesala.  
Abelardo y Eloisa.  
Abnegacion y nobleza.  
Angela.  
Afectos de odio y amor.  
Arenas del alma.  
Amar despues de la muerte.  
Al mejor cazador...  
Achaque quieren las cosas.  
Amor es sueño.  
A caza de cuervos.  
A caza de herencias.  
Amor, poder y pelucas.  
Amar por señas.  
A falta de pan...  
Artículo por artículo.  
Aventuras imperiales.

Bonito viaje.  
Boadicea, *drama heróico*.  
Batalla de reinas.  
Berta la flamenca.  
Barómetro conyugal.  
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.  
Cañizares y Guevara.  
Casas suyas.  
Calamidades.  
Como dos gotas de agua.  
Cuatro agravios y ninguno.  
¿Como se empeñe un marido!  
Con razon y sin razon.  
Cómo se rompen palabras.  
Conspirar con buena suerte.  
Chismes, parientes y amigos.  
Con el diablo á cuchilladas.  
Costumbres políticas.  
Contrastes.  
Catilina.  
Cárlos IX y los Hugonotes.  
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tío.  
D. Primo Segundo y Quinto.  
Deudas de la conciencia.  
Don Sancho el Bravo.  
Don Bernardo de Cabrera.  
Dos artistas.  
Diana de San Roman.  
D. Tomás.  
De audaces es la fortuna.  
Dos hijos sin padre.  
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.  
¡Está loca!  
En mangas de camisa.  
El que no cae... resbala.  
El niño perdido.  
El querer y el rascar...  
El hombre negro.  
El fin de la novela.  
El filántropo.  
El hijo de tres padres.  
El último vals de Weber.  
El hongo y el miriñaque.  
¡Es una malva!  
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.  
El oncenno no estorbar.  
El anillo del Rey.  
El caballero feudal.  
¡Es un ángel!  
El 5 de agosto.  
El escondido y la tapada.  
El licenciado Vidriera.  
¡En crisis!  
El Justicia de Aragon.  
El Monarca y el Judío.  
El rico y el pobre.  
El beso de Judas.  
El alma del Rey Garcia.  
El afan de tener novio.  
El juicio público.  
El silio de Sebastopol.  
El todo por el todo.  
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.  
El que las da las toma.  
El camino de presidio.  
El honor y el dinero.  
El payaso.  
Este cuarto se alquila.  
Esposa y mártir.  
El pan de cada día.  
El mestizo.  
El diablo en Amberes.  
El ciego.  
El protegido de las nubes.  
El marqués y el marquesito.  
El reloj de San Plácido.  
El bello ideal.  
El castigo de una falta.  
El estandarte español en las costas africanas.  
El conde de Montecristo.  
Elena, ó hermana y rival.  
Esperanza.  
El grito de la conciencia.  
¡El autor! ¡El autor!  
El enemigo en casa.

Furor parlamentario.  
Taltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.  
Genio y figura.

Historia china.  
Hacer cuenta sin la huésped.  
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcón.  
Indicios vehementes.  
Isabel de Médicis.  
Ilusiones de la vida.  
Imperfeciones.

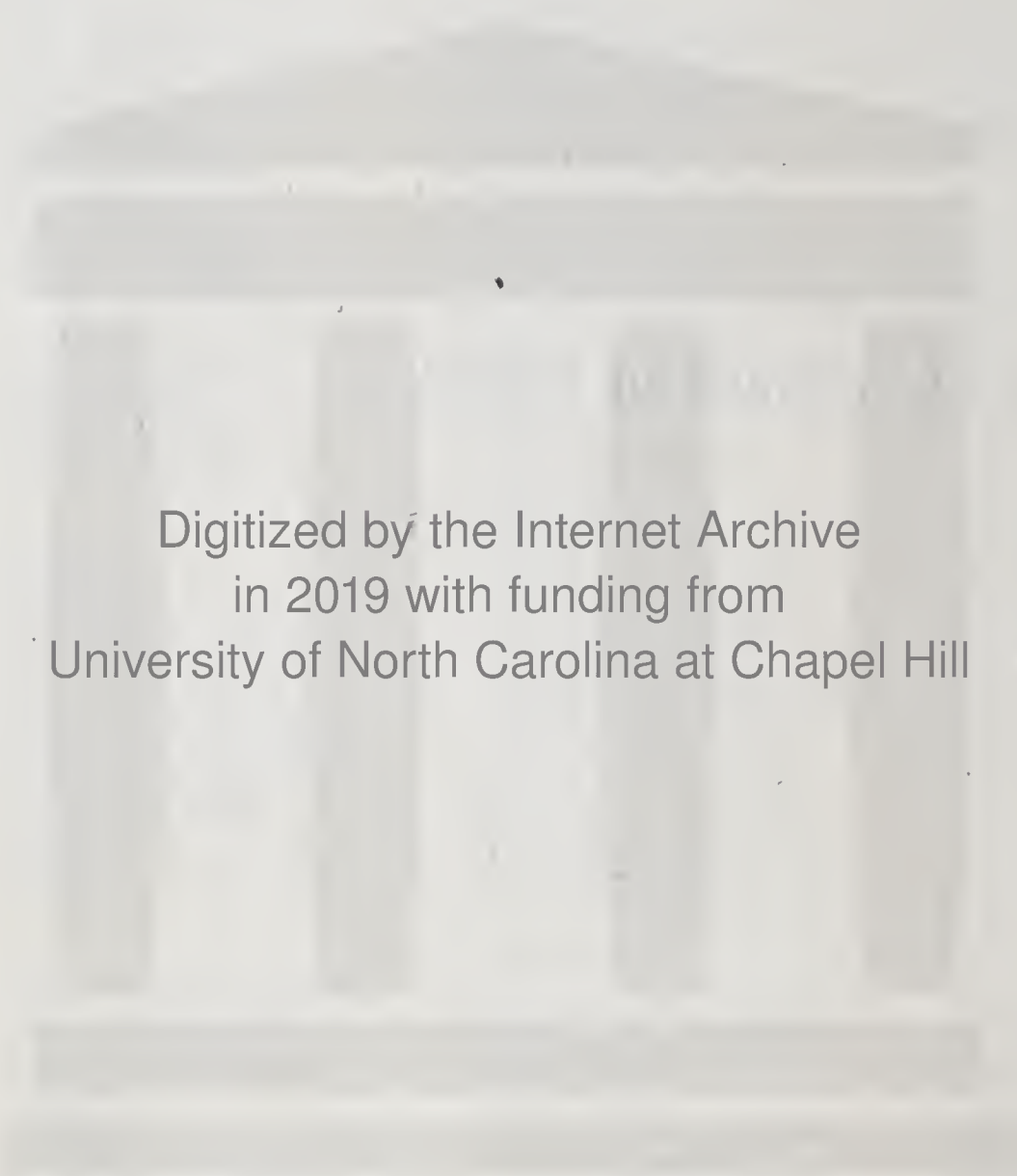
Jaime el Barbudo.  
Jaen Sin Tierra.  
Juan sin Pena.  
Jorge el artesano.  
Juan Diente.

Los nerviosos.  
Los amantes de Chinchon

Lo mejor de los dados...  
Los dos sargentos español.  
Los dos inseparables.  
La pesadilla de un casero.  
La hija del rey René.  
Los extremos.  
Los dedos huéspedes.  
Los éxtasis.  
La posdata de una carta.  
La mosquita muerta.  
La hidrofobia.  
La cuenta del zapatero.  
Los quid pro quos.  
La Torre de Lóndres.  
Los amantes de Teruel.  
La verdad en el espejo.  
La banda de la Condesa.  
La esposa de Sancho el Bravo.  
La boda de Quevedo.  
La Creacion y el Diluvio.  
La gloria del arte.  
La Gitana de Madrid.  
La Madre de San Fernando.  
Las flores de Don Juan.  
Las apariencias.  
Las guerras civiles.  
Lecciones de amor.  
Los maridos.  
La lápida mortuoria.  
La bolsa y el bolsillo.  
La libertad de Florencia.  
La Archiduguesita.  
La escuela de los amigos.  
La escuela de los perdidos.  
La escala del poder.  
Las cuatro estaciones.  
La Providencia.  
Los tres banqueros.  
Las huérfanas de la Caridad.  
La niña Iris.  
La dicha en el bien ajeno.  
La mujer del pueblo.  
Las bodas de Camacho.  
La cruz del misterio.  
Los pobres de Madrid.  
La planta exótica.  
Las mujeres.  
La union en Africa.  
Las dos Reinas.  
La piedra filosofal.  
La corona de Castilla (alcázar).  
La calle de la Montera.  
Los pecados de los padres.  
Los infieles.  
Los moros del Riff.  
La segunda cenicienta.  
La peor cuña.  
La choza del almadreño.  
Los patriotas.  
Los lazos del vicio.  
Los molinos de viento.  
La agenda de Correlargo.  
La cruz de oro.  
La caja del regimiento.  
Las sisas de mi mujer.  
Llueven hijos.  
Las dos madres.

Mi mamá. \*  
Mal de ojo.  
Mi oso y mi sobrina.  
Martín Zurbano.

EL ABOGADO DE POBRES.



Digitized by the Internet Archive  
in 2019 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill

# EL ABOGADO DE POBRES,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

DE

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Estrenada en el teatro del Circo en 26 de Enero de 1866.

SEGUNDA EDICION.

---

MADRID:

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.  
1866.

715597

PERSONAJES.

ACTORES.

---

CAROLINA.....	DOÑA MATILDE DíEZ.
CATUJA.....	DOÑA ADELAI DA ZAPATERO.
DON RAMIRO. ....	DON MANUEL CATALINA.
DON GABRIEL. ....	DON FRANCISCO OLTRA.
EL MARQUÉS.....	DON JUAN CATALINA.
DON FULGENCIO.....	DON JUAN CASAÑER.
CRIADO.....	DON JOAQUIN VIDALES.

---

Madrid, en casa de D. Gabriel. Sala con tres puertas: en el centro la mas cercana á la escalera; á la derecha la que guia á las habitaciones de D. Gabriel y Carolina; á la izquierda la que conduce á las que ocupa D. Ramiro. Se supone que ambos departamentos tienen comunicacion interior con otras habitaciones.

---

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y de cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

## ACTO PRIMERO.

---

### ESCENA PRIMERA.

D. GABRIEL. D. RAMIRO.

Don Gabriel, vestido para salir de casa, sale de las habitaciones de la derecha dirigiéndose á la puerta del foro, y al mismo tiempo viene de la calle D. Ramiro.

RAMIRO. Ah! va usted á salir...

GABRIEL. Sí. Quieres algo?

RAMIRO. Recomendar á usted... Mas no hay urgencia. Cuando usted vuelva le diré...

GABRIEL. Al momento.

(Dejando el sombrero en una silla.)

De cuanto soy, Ramiro, y cuanto valgo eres dueño: lo sabes.

(Sentándose en una butaca.) Toma asiento.

(Se sienta en otra butaca D. Ramiro, dejando también sobre un mueble el sombrero.)

Para tí todas son horas de audiencia;

ó por mejor decir, no lo es ninguna.

Cuando tanta es la cáfila importuna que sin cesar me hostiga

pidiéndome destinos—qué fatiga!

tú, siendo mi sobrino, y tan anado,

nada exiges, á nadie recomiendas,

y hasta parece que huyes de mi lado.

¿Posible es que tan caro te me vendas!

- RAMIRO. Venero como á un padre á mi buen tio;  
pero á usted en su puesto, á mí en el mio,  
á usted en su dorado gabinete ..
- GABRIEL. Donde no hay tregua á mi mortal zozobra...
- RAMIRO. Y á mí en la oscuridad de mi bufete,  
el tiempo, caro tio, no nos sobra.  
Ahora bien, ya que usted me oye benigno,  
yo, no invocando la amistad y el deudo;  
que sólo á la justicia pago feudo,  
por un hombre intercedo, que es muy digno...
- GABRIEL. Sin duda lo será, pues tú le apoyas.
- RAMIRO. Ajeno á las paadillas y tramoyas  
que hacen de España un campo de Agramante,  
fiel empleado, inteligente, asídúo,  
pero no lisonjero ni intrigante,  
sobre su frente dió palo de ciego  
un jefe improvisado,  
gran repúblico, oh! sí y hombre de estado,  
aunque en el ramo que administra es lego.
- GABRIEL. Quizá por ser moderno quedó fuera...
- RAMIRO. No, que cuenta veinte años de carrera;  
mas la patria exigia una vacante,  
á fin de dar lugar en la plantilla  
á cierto redactor de gacetilla,  
y el director flamante  
de una plumada le dejó cesante.
- GABRIEL. Todos quieren vivir del presupuesto!  
Cáncer es este universal, funesto,  
que al fin...
- RAMIRO. Es padre de seis hijos...
- GABRIEL. Quién?  
El agraciado?
- RAMIRO. No; el cesante.
- GABRIEL. Ah! bien.
- RAMIRO. (Dando un papel á D. Gabriel.)  
He aquí... Perdone usted si le molesto...
- GABRIEL. No.
- RAMIRO. La nota...
- GABRIEL. No más. Será repuesto.
- RAMIRO. Gracias...
- GABRIEL. Ahora soy yo quien pide audiencia.
- RAMIRO. ¡Cómo...



GABRIEL. En los dias de tu breve ausencia...

RAMIRO. Tantos procesos como tengo encima  
mi salud quebrantaban, y forzoso  
me fué en mas dulce clima  
dar al cuerpo y al alma algun reposo.

GABRIEL. ¡Y con el propio abinco  
has vuelto á trabajar!

RAMIRO. El dia cinco  
ha de fallar la Audiencia  
la causa de una pobre á quien amparo.

GABRIEL. Gratuitamente!

RAMIRO. Es claro.  
Se trata de una herencia  
usurpada á una viuda...

GABRIEL. Yo aplaudo...

RAMIRO. Su derecho es inconcuso,  
y el tribunal, sin duda,  
condenará al ladron á quien acuso.

GABRIEL. Bien está; pero tú...

RAMIRO. Descomedido  
á mi tio y señor he interrumpido.

GABRIEL. ¿Qué importa...

RAMIRO. En lo del pleito hagamos punto.  
y diga usted qué asunto...

GABRIEL. Es el asunto  
que en el poder por otros codiciado  
mi vida es cada dia mas amarga,  
que miro la cartera con enfado  
y ánsio el momento de soltar la carga.

RAMIRO. No lo debo extrañar si, como temo,  
la situacion es crítica.

GABRIEL. En extremo.  
¿Y cómo no ha de serlo cuando Europa,  
donde se hacina tanto combustible,  
arderá el mejor dia como estopa?  
Pues ¿qué diré de la infeliz España?  
¿Qué gobierno es posible  
donde luchan sin tregua los partidos,  
y tantos son, y á todos la zizaña  
los tiene en cien fracciones divididos?

RAMIRO. Triste verdad es esa y dura plaga  
que á las siete de Egipto no va en zaga.

Sin contar el partido socialista,  
polo opuesto del bando absolutista,  
ambos en la discordia casi iguales;  
sin contar los secuaces del progreso,  
todos, quién mas, quién ménos radicales;  
sólo en los que presumen de gran seso,  
sólo entre esos señores  
que son ó afectan ser conservadores,  
la gestion del político teatro  
disputan tres partidos...

GABRIEL. No; son cuatro.

RAMIRO. Cuatro, dice usted bien, son ya en el dia,  
cuatro; y hay todavía  
quien para el quinto busca clientela.  
Éramos pocos, y parió mi abuela!

GABRIEL. Exigentes ó flojos los amigos,  
ciegos en su rencor los enemigos,  
¿cómo al puerto arribar cuando la prensa  
ó sin razon injuria  
ó sin pudor inciensa,  
y del erario crece la penuria,  
y un parlamento ambiguo,  
donde suda el gobierno,  
que nunca duerme ó sobre espinas duerme  
para que el harto exiguo  
número de los suyos no se merme,  
le tiene en un suplicio sempiterno?  
¿Quién, cuando uno le dice: empuja! avanza!  
y otro le recomienda la templanza,  
no pierde el equilibrio  
entre la tiranía y el ludibrio?

RAMIRO. Y tal vez en el mismo gabinete,  
que es para usted un brete,  
y adonde pensamientos tan hidalgos  
aportó su acendrado patriotismo,  
la interna disension, el dualismo...

GABRIEL. Sí; algo hay de eso, y aun algos;  
¡y cuando en azarosas circunstancias,  
tras de muchas instancias  
á la pública hacienda  
sacrifiqué el cuidado de la mia,  
no falta quien me envidie la prebenda

suponiendo que el público tesoro  
á mis arcas afluye rios de oro!  
No más, no más! Hoy mismo, si el consejo  
sin restriccion no adopta y sin enmienda  
las medidas, los planes,  
fruto de mi experiencia y mis afanes,  
á otro mas hábil la cartera dejo  
y para siempre del poder me alejo.

RAMIRO. Hará usted bien.

GABRIEL. Tendre sólo un disgusto  
al salir de aquel lecho de Procusto.

RAMIRO. ¿Cuál?

GABRIEL. Que no hayas cumplido mi deseo  
aceptando un empleo...

RAMIRO. No! afuera tentaciones del demonio!  
Á Dios gracias, vivir independiente  
puedo con mi modesto patrimonio.  
Empleo! Sin doblar mi altiva frente  
y sin gravar los fondos del estado  
tengo uno...

GABRIEL. ¡El de abogado  
de pobres!

RAMIRO. Sí, señor. No es muy brillante,  
mas sin temor le ejerzo  
de que un advenedizo me suplante.

GABRIEL. Lo creerá así cualquiera sin esfuerzo.  
Abogado de pobres! Ese cargo,  
carga mas bien, se impone á un principiante,  
pero tú...

RAMIRO. Si de oficio  
prestan otros, señor, ese servicio,  
yo á los pobres consagro mis vigili-  
as por compasion, y á falta de otros dones,  
más de cuatro familias  
mi nombre colman ya de bendiciones.

GABRIEL. ¿Qué ocupacion más noble y meritoria  
puedo yo ambicionar? ¿Qué mayor gloria  
Guárdeme el cielo de impugnar, Ramiro,  
esa tu santa vocacion, que admiro;  
mas sin abandonar al indigente,  
¿por qué adusto y severo  
cierras á los pudientes tu despacho?

Por ventura ¿los miras con empacho?  
¿Acaso todo pobre es inocente  
y no hay justicia ya donde hay dinero?

RAMIRO. No soy tan temerario;  
¿y cómo lo he de ser cuando contemplo  
en usted, caro tío, un vivo ejemplo  
que prueba lo contrario?

GABRIEL. No digas...

RAMIRO. Usted, siendo millonario,  
teme á Dios, y del prójimo se apiada,  
y dar puede á cualquiera,  
de alta ó de baja esfera,  
lecciones de honradez acrisolada.

GABRIEL. Grato me es en tu labio ese concepto;  
pero cuando podrias con decoro,  
ya célebre en el foro,  
labrarte una fortuna...

RAMIRO. Si á los ricos  
mis Bártulos y Baldos intercepto,  
no me impone el orgullo ese precepto;  
es que al pobre prefiero en mis fatigas,  
y como es la hermandad tan numerosa,  
en mi estudio pululan como hormigas  
y tiempo no me dan para otra cosa.  
Sin padres además y sin hermanos;  
extraño al lujo y sus caprichos vanos  
que dan para un placer cien pesadumbres,  
y aunque parezca mal que yo lo diga,  
sencillo y sobrio en gustos y en costumbres,  
á acumular riquezas ¿quién me obliga?  
Para qué ó para quién las necesito?

GABRIEL. Si hoy no, quizá mañana...

RAMIRO. Nunca!

GABRIEL. ¿Sordo  
siempre será tu corazón al grito  
de la naturaleza? Alguna hermosa...

RAMIRO. (Oh Dios mio!)

GABRIEL. Perdóname si abordo  
cuestión tan espinosa,—  
te hará un día caer en el garlito...

RAMIRO. No caeré.

GABRIEL. ¿No eres tú de carne y hueso

- como todos?
- RAMIRO. Por Dios, no hablemos de eso!
- GABRIEL. ¿Te inclina tu glacial filosofía  
al triste celibato?
- RAMIRO. Yo... (Qué tormento!)
- GABRIEL. Lástima sería...
- RAMIRO. (Con algun desabrimiento.)  
Sí, señor! Sí, señor!
- GABRIEL. Bien, bien; no trato  
de hacerte flaquear...
- RAMIRO. Ya lo supongo.
- GABRIEL. Si de la humana sociedad exclusivo  
quieres vivir en ella como un hongo,  
sea muy norabuena. Yo, obediente  
á lo que Dios nos manda y está en uso,  
trato de dar estado á Carolina.
- RAMIRO. (Ay mísero de mí!)
- GABRIEL. Su peregrina  
hermosura, su índole excelente  
y su dote cuantiosa  
cebo son para mas de un pretendiente;  
mas de uno solo puede ser esposa,  
y para resolver este expediente  
quisiera que me diceses tu dictámen,  
prévio maduro exámen...
- RAMIRO. No, señor. Yo me inhibo...

## ESCENA II.

D. GABRIEL. D. RAMIRO. CAROLINA.

- CAROL. (Llega por la puerta del foro.)  
Papá...
- GABRIEL. Qué hay?
- CAROL. Con recado ejecutivo  
cita á usted á consejo el Presidente...  
Buenos dias, Ramiro.
- RAMIRO. Dios te guarde.
- GABRIEL. (Se levanta y toma el sombrero: D. Ramiro se le-  
vanta tambien.)  
Voy, voy... (Á D. Ramiro.)  
Continuaremos esta tarde.

### ESCENA III.

D. RAMIRO. CAROLINA.

CAROL. ¿Sabes que estoy muy quejosa de tí?

RAMIRO. Por qué?

CAROL. Claro está; porque eres un descastado.

RAMIRO. No!

CAROL. De los baños de mar, perdona que te lo diga, has vuelto muy montaraz. ¿Por qué, siendo prima tuya, conmigo esa gravedad diplomática! Comprendo que trates así á papá, que es ministro; pero á mí? ¿Qué se ha hecho de la jovial confianza que á nuestro trato inspiraban la amistad y el parentesco?

RAMIRO. No es hoy mi afecto ménos cordial; mas (Qué diré?) mis tareas...

CAROL. Venero la caridad con que á ellas te dedicas; mas ¿no puedes amparar al pobre sin ser adusto y esquivo con los demas? ¿Quién dirá que eres mi primo, mi huésped, mi comensal... Comensal? Miento, que no siempre te dignas de honrar nuestra mesa.

RAMIRO. Carolina!...

CAROL. ¿Es que te tratamos mal, ó tan severo en la higiene como en la moralidad, quieres de un modo indirecto enseñarme á ser frugal?

RAMIRO. Eh! no. Por Dios, prima mia,  
no seas tan suspicaz.

CAROL. Hoy mismo nos has plantado  
á la hora de almorzar.

RAMIRO. Se ha desalquilado, cerca  
de aquí, un cuarto principal,  
y he ido á verle...

CAROL. ¿Qué escucho!

Pues, qué! te quieres mudar?

RAMIRO. Es preciso: va creciendo  
mi clientela...

CAROL. Pues ya!

RAMIRO. Y un abogado, y de pobres,  
es molesta vecindad.

CAROL. Eh! calla. Gracias á Dios,  
es la casa harto capaz  
para que tío y sobrino,  
en su estudio cada cual,  
den audiencia á sus clientes.—  
Y hay cierta conformidad  
entre ellos, pues todos piden,  
unos turrón y otros pan.

RAMIRO. Pero...

CAROL. No hay pero que valga.

RAMIRO. Considera...

CAROL. No ha lugar.

RAMIRO. Que si yo...

CAROL. No hablemos de eso,  
¿ó los sordos nos oirán.

RAMIRO. Bien... No te irrites.

CAROL. Y ahora,  
aunque faltes al ritual,  
pues sin ser pobre reclamo  
tu proteccion tutelar,  
oye una consulta..., grátis,  
por supuesto.

RAMIRO. Así será.

CAROL. Yo me veo en un conflicto  
terrible,... piramidal.

RAMIRO. Cómo!...

CAROL. Mi querido padre,  
ay Dios! .. me quiere casar.

¿Te ha dicho algo...

RAMIRO. De eso hablábamos  
cuando llegaste.

CAROL. Pues, ay!  
cierto es, demasiado cierto.

RAMIRO. Y eso te hace suspirar?

CAROL. Ay! Sí. Anciano y achacoso,  
ántes que él descanse en paz  
quiere que un marido sea  
escudo de mi orfandad.

RAMIRO. Miren qué grave conflicto!  
Un novio! ¿De cuándo acá  
se ha atribulado por eso  
una doncella?

CAROL. Ahí verás!

RAMIRO. Qué!...

CAROL. Y aun si fuera uno solo,  
le podría capear;  
pero dos...

RAMIRO. No es maravilla.  
Tu mérito sin igual...

CAROL. Crees tú que tengo alguno?

RAMIRO. Cómo no?

CAROL. Gracias, galán.  
Así quiero yo que me hables,  
y no con la seriedad  
imponente de un letrado  
delante del tribunal.—  
Ahora quiero que me digas  
con toda sinceridad  
cuál de mis dos postulantes  
debe llevarme al altar.

RAMIRO. De uno ya tengo noticia.

CAROL. ¿Hablas del señor feudal...

RAMIRO. Sí, del gárrulo marqués  
que vino aquí de Canfranc...  
ó no sé dónde...

CAROL. Es burlesco  
personaje, si los hay;  
pero tanto, aunque plebeya,  
le enamora mi beldad,  
que se digna de elevarme



- hasta su ilustre solar,  
que cuenta, él lo dice, siglos  
y siglos de antigüedad.
- RAMIRO. Oiga! ¿Desciende ese... príncipe  
por ventura de Guzman  
el Bueno...
- CAROL. Pica mas alto.
- RAMIRO. Del Cid? De Ataulfo?
- CAROL. Bah!  
Su alcurnia es contemporánea  
del diluvio universal.
- RAMIRO. Pues si tan largo abolorio  
acredita, no cabrá  
el archivo de su casa  
dentro de una catedral.
- CAROL. Un docto genealogista  
prueba...
- RAMIRO. ¿Qué no probarán  
ellos!
- CAROL. Que el Marqués descende  
del mismísimo Tubal.
- RAMIRO. Pues eso, tú y yo como él  
lo podriamos probar,  
y si nuestro noble origen  
remontamos hasta Adan,  
¿qué rey de armas, Carolina,  
no lo certificará?  
Pero, en resúmen, ¿qué vale  
por sí solo en nuestra edad  
un título nobiliario?  
Si el de ese pelafustan  
al santo Noé recuerda  
y su arca descomunal,  
otros diluvios despues  
se han encargado de dar  
á la guia aristocrática  
el volúmen de un misal.
- CAROL. Periodista es el segundo  
de superior calidad,  
y estadista y publicista...
- RAMIRO. No tiene algun *ista* mas?
- CAROL. Sí, bolsista.

- RAMIRO. Ah! Don Fulgencio...
- CAROL. Tú le acabas de nombrar.  
Qué opinas de él?
- RAMIRO. Que es un fátuo,  
un pedante, un charlatan.
- CAROL. Ese no ostenta blasones...
- RAMIRO. Pero con mas vanidad  
que don Rodrigo en la horca,  
el ansia de figurar  
le atosiga, y no hay empleo,  
incluso el de senescal,  
que inferior no le parezca  
á su alta capacidad.
- CAROL. Bravo!
- RAMIRO. Demasiado rígido  
es á tus ojos quizá  
este juicio...
- CAROL. Nada de eso.
- RAMIRO. Yo á fuer de primo leal...
- CAROL. No me puedo yo ofender  
do que digas la verdad.  
¿Crees tú, pues...
- RAMIRO. Que infestados  
tus dos amantes estan  
de la enfermedad reinante.
- CAROL. Virgen santa del Pilar!  
Del cólera?
- RAMIRO. No. Tremenda  
es esa calamidad,  
pero pasajera al fin.  
Hay otra peste social  
que, si Dios no lo remedia,  
con España acabará,  
y de esa te hablaba yo:  
de ese contagioso afan  
de goces y devaneos  
que á todos sacando va  
de su quicio, desde el prócer  
altivo hasta el menestral.  
Ínfulas de hombre de pro  
muestra cualquier perillan;  
el que ayer vistió zamarra

hoy gasta levita y frac;  
y con botas de charol  
Maritornes va á comprar.  
Es ya rancio anacronismo  
la modesta sobriedad  
con que ántes se contentaban,  
los que no tenían más,  
con su honrada medianía  
y limpio aunque pobre ajuar.  
Guerra de muerte declaran  
al decoro y la moral,  
ya la comezon del lujo,  
ya el prurito de medrar;  
á unos ciega vil codicia,  
á otros orgullo infernal,  
y llaman, en el dialecto  
de su uso particular,  
donaire á la desvergüenza,  
al perjurio habilidad;  
y para ellos todo es lícito,  
todo..., ménos trabajar.

CAROL. Ese discurso merece  
una mitra episcopal,  
y de él saco en consecuencia  
que en mis novios—¡lindo par  
de maulas!—al interés  
sirve el amor de disfraz;  
que ínclito infanzon el uno,  
pero de pobre caudal,  
quiere con mi pingüe dote  
su penuria remediar,  
y que el otro, diputado  
y escritor ministerial,  
si mi mano solicita  
es tambien porque querrá  
que le dé el presunto suegro,  
como regalo nupcial,  
alguna plenipotencia,  
aunque sea en el Catay.

RAMIRO. Si ninguno de los dos  
te agrada...

CAROL.                   Cómo agradar?

Me apestan.

RAMIRO. Pues ¡calabazas!  
es mi conclusion fiscal.

CAROL. Y... dime: ¿es el abogado  
quien receta ese manjar,  
ó el primo..., ó tal vez...

RAMIRO. (Ay triste!  
Ahora sospechará...)  
No me mueve otro deseo  
que el de tu felicidad.

CAROL. Mil gracias.

RAMIRO. No creas...

CAROL. (Oh!...)

RAMIRO. Mi consejo es imparcial.

CAROL. Bien, pero si no lo fuese,  
nadie podria extrañar  
que...

RAMIRO. No soy tan necio...

CAROL. Dale!

No es tuya la necesidad,  
sino mia.

RAMIRO. Oh!...

CAROL. Tu consejo  
es saludable, eficaz;  
pero tardío.

RAMIRO. Ah! por qué?  
¿Media acaso algun formal  
compromiso...

CAROL. Median dos,  
el mio y el de papá.  
Tiene el Marqués en su apoyo  
la paterna autoridad...

RAMIRO. Ah!...

CAROL. No tanto por su título  
como porque, servicial  
y condescendiente, sabe  
captarse la voluntad  
de mi iluso padre, á quien—  
beatitud patriarcal!—  
suele con su bufonadas  
servir de grato solaz.  
Tal vez cuando me propuso

tan descabellado plan  
le hubiera yo resistido,  
si no alegara además  
otra razon muy plausible  
á que no osé replicar.  
Perseguido en una luchá,  
civil—¿cuándo acabarán!—  
hubiera muerto mi padre  
sin la generosidad  
con que el difunto Marqués,  
no obstante ser su rival,  
le dió en tan amargo trance  
favor y hospitalidad.

RAMIRO. Laudable es su gratitud,  
mas no el empeño tenaz  
de que tú te sacrifiques  
á la obediencia filial.

CAROL. Tal pensaba y pienso yo;  
pero mi agudo pesar  
facilitó á don Fulgencio  
la triste oportunidad  
de declararme su amor,  
y recordando el refran  
de un clavo saca otro clavo,  
yo me dejé alucinar  
por la estudiada pasion  
y hueca verbosidad  
con que postrado á mis piés  
me pidió el sí conyugal.

RAMIRO. Y le diste!

CAROL. Sí, Ramiro;  
tanta fué mi ceguedad!  
Mas pronto me arrepentí  
de aquel pecado mortal,  
porque petulante y sándio,  
á la ménos perspicaz  
hubiera hecho conocer  
con su cháchara vulgar  
que todo es cálculo en él  
y aparato teatral.

RAMIRO. Retírale tu promesa  
y plántale en el zaguan,

:

ya que te ofuscó en mal hora  
su música celestial.

CAROL. Ay, tú no estabas aquí!

RAMIRO. (Turbado.)  
Cómo!... ¡Tú... ¡Yo...

CAROL. (Reprimiéndose.) (Paso atrás!)  
Lo digo porque, como eres...  
neutro...

RAMIRO. (Con prontitud.)  
Neutral.

CAROL. Bien, neutral.

Si me hubieras dado entónces  
el consejo que hoy me das,  
no me vería yo ahora  
en este berengenal.

RAMIRO. Á cualquier hora se puede,  
Carolina, retractar  
un sí imprudente, y tu padre,  
ni en el suyo insistirá,  
ni si revocas el tuyo,  
será tan irracional,  
que á su hija amada y única  
niegue un *bill de indemnidad*.

CAROL. Mas yo á vencer no me atrevo  
mi temor al qué dirán.

RAMIRO. Pues, hija...

CAROL. Sólo lo haría,  
cuando pudiera excusar  
con otro amante mas digno  
mi aparente veleidad.  
Tú, querido primo...

RAMIRO. Ah!

CAROL. Qué?

RAMIRO. (Me ama! Tendré que emigrar!)  
Oh! sí, un tercero en discordia  
sería... Tú le tendrás  
cuando quieras. ¡Cómo no,  
siendo tan hermosa y tan...

CAROL. Lisonjero!

RAMIRO. No: lo digo  
con...

CAROL. (Irónicamente.) Con imparcialidad.—

Le tendré ó nó, porque yo  
no le he de solicitar.

RAMIRO. Cierto.

CAROL. Una mujer no puede  
sin nota de liviandad  
decir á un hombre: «yo te amo;  
tú eres el bello ideal  
que anhelaba el alma mia;  
tú mi gloria, tú el iman  
de mis sentidos»..., toda esa  
algarabía manual  
que prodiga el sexo fuerte  
con franqueza militar.

RAMIRO. También hay hombres que tienen  
pudor...

CAROL. Orgullo dirás.

RAMIRO. Llámale orgullo en buen hora;  
mas su propia dignidad  
rechaza ese privilegio  
para otros tan natural.

CAROL. Si eres tú uno de ellos...

RAMIRO. Yo...

CAROL. Respeto esa austeridad  
de filósofo impasible  
y ese pudor virginal.

RAMIRO. Ni el dictado de filósofo  
corresponde á mi humildad,  
ni los filósofos tienen  
el alma de pedernal.

CAROL. (¡Me ama, y por no confesarlo  
se dejaría matar!)  
Ahora bien, primo doctor,  
¿podré sin temeridad  
rogar á usted que me saque  
de este pantano?

RAMIRO. (Con calor.) Sí tal.  
Yo convenceré á mi tío  
de que es una atrocidad  
su proyecto, y á tus novios  
arrojaré de ese umbral  
si es fuerza. Tan bella causa  
no he defendido jamás,

y abogado ó campeón,  
en ella sabré mostrar  
la elocuencia de un Demóstenes  
y el esfuerzo de un titan.

CAROL. Bien! Magnífico!

RAMIRO. ¿Te ries!

CAROL. Perdona mi hilaridad;—  
yo no soy juriconsulta.  
Casi lloraba poco ha,  
¿y no quieres que me ria  
viendo, rara novedad!  
tan expansivo á Caton  
y á Licurgo tan marcial?

RAMIRO. Tienes razon á fé mia.

CAROL. Pues riamos á la par,  
que el lance no es para ménos.

RAMIRO. (Con risa forzada.)  
Riamos, sí... (Es celestial!)

CRIADO. (Á la puerta del foro.)  
El Marqués...

CAROL. Que éntre. (Váse el criado.)

RAMIRO. Me iré...

CAROL. Nó. Para alegrarnos más,  
como llovido del cielo  
viene ese ente singular.

#### ESCENA IV.

CAROLINA. D. RAMIRO. EL MARQUÉS.

MARQ. Con mas gozo que la alondra  
á la estrella matutina,  
saluda á usted, Carolina,  
el amor que me atolondra.

CAROL. Discreta salutacion!

RAMIRO. (Mentecato!)

MARQ. Es un proemio  
con que explico, sin apremio,  
mi rendida adoracion.  
Ni es de admirar mi lisura  
cuando—dichoso proyecto!—  
soy futuro, aunque imperfecto,  
de tan linda criatura.



CAROL. Yo estimo...

MARQ. Oh dulce sonrisa!  
¿Y cuándo termina el plazo  
en que indisoluble lazo  
ha de unir...

CAROL. No corre prisa.

MARQ. Cómo no? Sí tal.

CAROL. No tal.

MARQ. Pero ¿á qué viene ese enfado...  
Ah! no habia reparado  
que nos oye mi rival.

CAROL. (Rival!)

RAMIRO. (Ap. á Carolina.)  
Qué dice ese necio?

MARQ. ¿Conque estaba usted aquí,  
señor don Fulgencio...

RAMIRO. Eh?

MARQ. Muy  
señor mio y de mi aprecio.  
Yo...

CAROL. (Á D. Ramiro.)  
Es divertida la escena!

MARQ. Sí; ¡juntarse en un estrado  
el amante desahuciado  
y el que está de enhorabuena!  
Mas ¿cómo ha de ser, amigo!  
Yo he triunfado; usted no es lego,  
y debe...

RAMIRO. (Con Carolina en voz baja.)  
Está ese hombre ciego?

CAROL. No; tonto.

MARQ. Eh?... Pues, como digo,  
no porque en nuestra contienda,  
como ocurre en más de trece,  
á quien ménos la merece  
se adjudique la prebenda...

CAROL. Poco á poco! Todavía...

MARQ. Me mire usted de reojo.  
Si me viese en tal sonrojo,  
¿sabe usted lo que yo haria?  
Soltar á la risa el trapo...

CAROL. (Riendo.)

Eso, eso!

MARQ. Y echarlo á broma.

RAMIRO. Sí, señor. (Rompe á reir.)

MARQ. (Á Carolina.) Oiga! Pues toma mi consejo... Guapo, guapo!

CAROL. (Sin dejar de reir.)  
Vitor!

MARQ. (En voz baja )  
No abuses... Silencio!...

(Acercándose á D. Ramiro.)

Ya ve usted... (De gozo brinco!)

Ea, vengan esos cinco...

RAMIRO. (Con enfado.)  
Eh!

MARQ. Calle! No es don Fulgencio!  
(Riendo.)

Bueno ha estado el *quid pro quó!*

RAMIRO. Soy...

CAROL. Es mi primo Ramiro.

MARQ. Ya veo, ahora que le miro  
de cerca... (Soltando una carcajada )  
Já! já! jó, jó!...

¡Y yo creia... Salud

y gracia al docto letrado,

al benéfico abogado

de pobres... Rara virtud!

Noble abnegacion!... No obstante,  
creo—el diablo sea sordo!—

que no hará usted caldo gordo  
con parroquia semejante.

RAMIRO. Qué le importa á usted?

MARQ. Á mí?

Nada; pero lo decia  
por...

RAMIRO. Pudiera ser que un dia  
la aumentase usted.

MARQ. Yo!

RAMIRO. Sí.

MARQ. No soy un Creso, en verdad,  
porque tengo un mayordomo  
que me... Pero tanto como  
pobre de solemnidad...

RAMIRO. ¿Cómo— sólo en un etíope  
cabe tal inocentada—  
sin parecernos en nada  
me tomó usted por...

MARQ. Soy míope.  
Y hoy...— tal vez será un mareo,  
ó que están los nervios flojos—  
no sé qué siento en los ojos,  
que apenas los bultos veo.

RAMIRO. (Con malicia.)  
Ha almorzado usted?

MARQ. Ó escasa  
es la luz, ó no estarán  
los lentes muy...  
(Saca el pañuelo y hace ademán de quitarse los anteojos para limpiarlos.)

Voto á San!...  
Me los he dejado en casa.

RAMIRO. Pche!...

MARQ. Distraccion.

CAROL. (Badulaque!)

MARQ. Las suelo tener mayores.  
Todos los grandes señores  
padecemos este achaque.  
Esto no es decir que yo  
me desvanezca y me engría  
con la alta categoría  
á que pertenezco, no;  
al contrario, singular  
en todo...

CAROL. Oh! sí.

RAMIRO. (Monigote!)

MARQ. Nada tengo de Quijote  
y mucho de popular.  
No gusto yo, verbi gracia,  
de briosos palafrenes  
y el lujo, el fausto, los trenes  
que ostenta la aristocracia.  
Desdeño de buena fe  
todo ese inútil boato,  
y, como aquel caricato...,  
*me ne vado sempre á pié.*

- RAMIRO. (Ap. con Carolina.)  
Si no tiene el pobreton  
sobre qué caerse muerto,  
¿qué milagro...
- CAROL. Eh! me divierto  
con su gentil *sans-fazon*.
- MARQ. Hablo con exactitud.  
Juro al apóstol Santiago  
que, aunque ustedes digan que hago  
de necesidad de virtud...
- CAROL. No tal...
- MARQ. Aunque mi caudal  
han mermado las estafas...  
Pero el diantre de las gafas...  
Sin ellas estoy muy mal.—  
Haré que vaya un sirviente...
- CAROL. Qué veo!
- MARQ. Aunque sude el hopo...
- CAROL. No! (Santiguándose.)  
Jesus!...
- MARQ. ¿Qué...
- CAROL. ¡Alma de chopo,  
las lleva usted en la frente!
- MARQ. (Tentándosela y poniendo luego en su lugar los anteojos.)  
Cierto, sí. Humana miseria!  
Me las alcé—vaya un lance!—  
para leer el alcance  
que ha publicado *La Iberia*.  
Al entrar en el portal  
me lo ha prestado Samper,  
y me alegro de saber...
- CAROL. Qué hay?
- MARQ. Crisis ministerial.—  
Salió papá?
- CAROL. Sí.
- MARQ. Dijo algo?
- CAROL. No.
- MARQ. Habrá ido al ministerio...
- CAROL. Sin duda.
- MARQ. El asunto es serio.  
Voy corriendo como un galgo...

Pronto seré sabedor  
de quién cesa y quién no cesa...  
Adios, próxima marquesa!  
Primo en cierne... servidor!

## ESCENA V.

CAROLINA. D. RAMIRO.

- RAMIRO. Oh! ¿y con ese botarate  
te has de casar, Carolina?
- CAROL. Qué he de hacer? Papá se obstina...
- RAMIRO. No. Qué oprobio! qué dislate!
- CAROL. No quiero á ese mamarracho  
y ódio á su competidor;  
pero si...
- CRIADO. (A la puerta del foro.)  
El Procurador...
- RAMIRO. Bien; voy... Que éntre en mi despacho.  
(Váse el Criado.)  
Ántes que uno ú otro apunte  
venzan, prima, tu desden,  
debes dar tu mano...
- CAROL. Á quién?
- RAMIRO. No; pero me llega al alma  
que no haya, siendo quien eres,  
quien merezca...
- CAROL. Ya! y prefieres...
- RAMIRO. Qué?
- CAROL. Que me entierren con palma.
- RAMIRO. No; mi egoismo no es tal...  
Es decir...
- CAROL. (Ni á hablar acierta.)
- RAMIRO. Ánimo! Si sale cierta  
la crisis ministerial,  
uno de tus dos amantes  
no sostendrá la campaña,  
y al otro, con tiempo y maña...
- CAROL. Sí. Acude á tus litigantes.
- RAMIRO. De tu aversion participo...
- CAROL. Bien, sí.

RAMIRO. Y juro al Ser Supremo  
que, temprano ó tarde, quemo  
mis libros, ó te emancipo.

## ESCENA VI.

CAROLINA.

Si no me ama, no se alarme  
tanto por mí; que es capricho  
muy singular... ¿Quién le ha dicho  
que yo quiero emanciparme?—  
Con frecuencia los diarios  
de una y otra cofradía  
combaten la teoría  
de los hombres necesarios.  
Yo, siguiendo otro sistema,  
de uno solo mi remedio  
aguardo..., y de medio á medio  
me ha cogido el anatema.  
Pero ese único mortal  
que miro con simpatía,  
ese único á quien yo haría  
mi ministro universal,  
no advierte que así discurre,  
aunque harto lo manifesto,  
por demasiado modesto...  
ó demasiado cazurro.  
Dudo... espero... Qué agonía!  
Si hablo, mal; peor si callo,  
y con dos crisis batallo,  
la de mi padre y la mía.  
Papá el timon de la nave  
deja... quizá sin dolor;  
yo me abraso en ciego amor...  
Cuál es la crisis más grave?  
La mia, dirá cualquiera,  
la mia, si echa de ver  
lo que va de hombre á mujer  
y de un alma á una cartera.—  
Mas si á don Fulgencio espanto  
y del Marqués me redimo

con ayuda de mi primo,  
del mal el ménos! —En tanto,  
diré, parodiando aquí  
un dicho, célebre ya:  
¡Salve Dios á mi papá...  
y no se olvide de mí!

FIN DEL ACTO PRIMERO.





---

## ACTO SEGUNDO.

---

### ESCENA PRIMERA.

CAROLINA. D. GABRIEL. D. FULGENCIO.

Aparecen sentados: á la derecha D. Gabriel y D. Fulgencio, y  
á la izquierda Carolina bordando.

FULG. Conque es verdad?

GABRIEL. Sí, señor.

He sometido al Consejo  
de ministros las medidas  
sin las cuales no podremos  
conjurar la bancarrota  
y galvanizar el crédito;  
pero de ocho votos cinco  
desaprueban mi proyecto.  
Siendo tal el resultado,  
ya ve usted que...

FULG. Sí; ya infiero...

GABRIEL. Que no puedo con decoro  
seguir en el Ministerio.

FULG. Sí, en cierto modo, es verdad;  
mas puede darse otro sesgo  
al asunto. No es prudente  
sostener á sangre y fuego  
esa firmeza espartana,  
sublime, que yo venero;  
pero estéril y tal vez  
peligrosa en estos tiempos.

Combatido el Gabinete  
por contrarios elementos,  
sólo puede conservarse  
con cierto equilibrio, cierto...

GABRIEL. No entiendo yo, señor mio,  
de equilibrios y escarceos.  
Cuando la dolencia es grave,  
la lanceta y el cauterio,  
no emplastos madurativos,  
han de curar al enfermo.

FULG. Ya; pero peor que el mal  
pudiera ser el remedio.  
Qué diantre! ¡Ahora una crisis,  
cuando bogaba con viento  
en popa la situación,  
y yo esperaba...

CAROL. (Un empleo!)

GABRIEL. Ah, cómo se engaña usted!  
Aunque al parecer sereno  
nuestro Olimpo artificial,  
el nublado no está lejos.

FULG. Cuando leí la funesta  
noticia en un suplemento,  
paparrucha! dije yo  
para mí. Soñaba el ciego...

GABRIEL. No es sólo á la oposición  
aplicable ese proverbio.

FULG. Como cada día cunden  
esos rumores siniestros,  
y salen falsos...

GABRIEL. Pues siempre  
tienen algún fundamento.  
Lo normal en este siglo  
es no vivir con sosiego,  
y aunque otra cosa sostenga  
la comedia de don Pedro  
Calderon, acá en España  
«siempre lo peor es cierto.»

CAROL. (Tiene razón!)

GABRIEL. No lo digo  
por mí, que sin pena dejo  
el mando...

FULG. (Eso dicen todos!)

GABRIEL. Y más gano yo que pierdo  
con retirarme á la vida  
privada.

CAROL. (Es verdad!)

FULG. Lo creo.

No obstante, el hombre de estado  
no puede obrar de ligero...

GABRIEL. Cómo! yo...

FULG. Quiero decir  
que hay vínculos y respetos  
de que no puede en conciencia  
prescindir.

GABRIEL. Vamos con tiento.

Para juzgar de la mia  
sólo Dios tiene derecho.

FULG. Moralmente hablando, otorgo;  
políticamente, niego.

CAROL. (Calle! con que hay dos conciencias,  
la moral y... No lo entiendo.)

GABRIEL. Con argucias escolásticas  
no probará usted...

FULG. Sí pruebo.

Usted no se pertenece  
á sí mismo.

GABRIEL. ¿Soy yo siervo  
de alguien?

FULG. Sí, de la opinion  
pública; del Parlamento.

GABRIEL. Bah, bah! Sobre esa materia  
mucho hay que hablar, don Fulgencio.

FULG. El ministerio tenía  
mayoría en el Congreso.

GABRIEL. Poco segura; y mis planes  
no son para ella un misterio.

FULG. Antes de dar ese paso,  
que puede comprometernos,  
usted debió consultar  
á los prohombres del gremio.

GABRIEL. Basta. Á los piés de la Reina  
ya mi dimision he puesto.

FULG. Tan pronto!

- GABRIEL. Y esta disputa  
es ociosa: á lo hecho, pecho.  
Á la Reina y al país,  
no á los disidentes, debo  
responder de mi conducta,  
y si usted es uno de ellos...
- FULG. (Transijamos.) No, señor.  
Siempre he sido fiel adepto  
de usted, y á capa y espada  
le he defendido y desiendo.  
Si por mi amor al bien público  
he sido un tanto severo,  
perdone usted, don Gabriel:  
me desdigo y me arrepiento.
- CAROL. (Oh!...)
- FULG. Es tanta la autoridad  
de usted, y de tanto peso  
sus observaciones...
- GABRIEL. Pche!
- FULG. Que con ellas me convenzo.  
Pero aun podrá conjurarse  
la tormenta...
- GABRIEL. No lo espero.
- FULG. Acaso usted, como á mí,  
persuada á sus compañeros.
- GABRIEL. Yo he dicho ya mi *ultimátum*.
- FULG. Ellos quizá no.
- CRIADO. (Desde la puerta.) Este pliego.
- GABRIEL. (Toma el pliego, lo abre y lo lee para sí.)  
Dame.
- CAROL. (Qué será?)
- FULG. Es sin duda  
del Presidente... Apostemos  
á que...
- GABRIEL. No. Su Majestad  
me llama — El coche al momento.  
(Se levanta y toma el sombrero: D. Fulgencio se  
levanta tambien: el Criado se retira.)
- FULG. Ah! para encargar á usted  
sin duda que forme nuevo  
gabinete. En ese caso  
yo me brindo...

CAROL. (Ay Dios eterno!)

GABRIEL. No sé...

CAROL. (Es capaz de pedirle  
la cartera de Fomento.)

GABRIEL. Lo mas probable es que admita  
mi dimision.

FULG. (Ah! lo temo.)  
Aun siendo así, que lo dudo,  
largo será el interregno,  
y podrá usted hacer algo  
por sus amigos y deudos.

GABRIEL. Qué he de hacer? ¿Cómo...

FULG. Yo aspiro...

CAROL. (Pues! Ya ha parecido aquello.)

GABRIEL. Á qué?

FULG. Ya lo sabe usted:  
á la honra de ser su yerno.

GABRIEL. Es que yo...

FULG. Esa circunstancia  
plausible, unida á mis méritos...

GABRIEL. (Cuáles?)

FULG. Me alienta á pedir...  
No es mucho lo que pretendo.

GABRIEL. Qué?

FULG. Una plaza de ministro...  
No en España: en otro reino.

GABRIEL. No hay vacante.

FULG. Eso, ¿qué importa?  
se hace una...

CAROL. (Pues!)

FULG. Y *laus Deo*.

GABRIEL. Ni es ese mi ramo, ni...

FULG. Si el óbice está en el sueldo,  
con que me hagan Senador  
me daré por satisfecho.

GABRIEL. Eh?

CAROL. (Seráfica modestia!)

FULG. Á ese honorífico premio  
puedo optar...

GABRIEL. Pero...

FULG. Y con él  
no gravaré el presupuesto.

:

GABRIEL. Son tantos los Senadores,  
aunque todos beneméritos,  
que para uno más tal vez  
no hay ya en la cámara asiento.  
Y en suma, ¿qué facultad  
tengo yo, que ya soy cero,  
para conferir destinos?

FULG. Qué, no hará usted testamento?

GABRIEL. No, señor.

FULG. Ejemplos hay...

GABRIEL. No sigo tales ejemplos.  
No tengo la gracia yo  
de testar despues de muerto.

FULG. Si es usted tan nímio...

CRIADO. (Á la puerta.) El coche. (Se retira.)

GABRIEL. Cada cual tiene su genio...  
Pero consuéllese usted.  
Puede que los cinco miembros  
que han votado contra mí  
formen otro ministerio,  
y entónces usted, que invoca  
y ensalza los privilegios  
de la mayoría, acaso,  
sin que á mí me zumbe el pueblo,  
logre que refrende un *vivo*  
el suspirado decreto.  
(Hace una salutacion muda y váse.)

## ESCENA II.

CAROLINA. D. FULGENCIO.

FULG. (Acercándose á Carolina.)  
Pasmado estoy... ¿Es quizá  
cómplice mi dulce bien  
del impensado desden  
con que me trata el papá?

CAROL. No me incumbe esa cuestion.  
¿Qué entiendo yo de política,  
y si es crítica ó no es crítica  
la presente situacion?

FULG. Yo conté con el apoyo

de la que es su hija y mi dama.

Carolina, usted no me ama!  
usted quiere echarme al hoyo!

CAROL. Eso, no.

FULG. Nunca creí,  
ciego en mi pasión ardiente,  
que á usted fuera indiferente  
lo que me interesa á mí.

CAROL. Yo... (No sé cómo dorarle  
la píldora.) Yo...

FULG. Cruel!

CAROL. (Monosílabos en él  
y dejémosle que charle.)  
Yo... Si...

FULG. Ingrata! ¿Para qué  
pedia yo con urgencia  
la...

CAROL. Sí.

FULG. La plenipotencia  
de Prusia ó de Londres...

CAROL. Pche!...

FULG. Para que tú te lucieras  
con tan alta investidura  
y admirasen tu hermosura  
en las córtes extranjeras.

CAROL. Ah!... Oh! ..

FULG. Al firmamento azul  
lo juro; solo por tí  
al exministro pedí  
la noble silla curul.

CAROL. Sí?

FULG. Sí, mi gloria, mi sol.

CAROL. ¡No habria mal alborot  
si me dieran voz y voto  
en el Senado español!

FULG. No es eso: es que los deberes  
de los cargos distinguidos  
atañen á los maridos  
y su brillo á las mujeres.  
Es que (Recobrar anhelo  
con mi labia el ascendiente.)  
ver quisiera yo en tu frente

- todos los astros del cielo.
- CAROL. (Jesús!...)
- FULG. Y que maravilla fueras de esta villa y corte al mostrar yo tal consorte en la corte y en la villa.
- CAROL. (Bostezando.) Ah...
- FULG. Mi dichoso himeneo...
- CAROL. (Ya que es inútil mi ardid, con permiso de Madrid pediré auxilio á Morfeo.)  
(Finge dormirse.)
- FULG. (No me atiende! ¿Es que medita alguna frívola excusa, ó su conciencia la acusa...  
(Acercándose más.)  
Se ha dormido!)  
(Alzando la voz.)
- Señorita!
- CAROL. (Fingiéndose despertar.) Ah!
- FULG. Soy yo algun estafermo?
- CAROL. Nada de eso.
- FULG. Un maniquí?
- CAROL. No.
- FULG. Usted se burla de mí.
- CAROL. No me burlo; es que... me duermo.  
(Gozo en abatir su orgullo.)  
Es tanto lo que me embarga, me subyuga y me aletarga de esa elocuencia el arrullo, que he dado una cabezada...
- FULG. Qué escucho! (Mujer traidora!)
- CAROL. Perdon! Yo...
- FULG. ¡Salirme ahora con semejante embajada!
- CAROL. Algo pesada es la broma, porque...
- FULG. Es una felonía.
- CAROL. Porque usted preferiria la de Paris..., la de Roma,



FULG. Oh!...

CAROL. Pero no están vacantes.

FULG. Hum!...

CAROL. Y ni yo ni papá  
podríamos darlas ya.

FULG. ¡Voto á...

CAROL. Ya ve usted, cesantes!...

FULG. ¿Por qué esa boca perjura  
pronunció el plácido sí  
que ahora...

CAROL. (Levantándose.) Es verdad, le dí  
en un raptó de locura;  
pero no le he confirmado,  
y ántes mi fisonomía  
ha dado á usted cada dia  
mas muestras de desagrado.—  
Y el sí fué condicional.

FULG. Condicional! (Pierdo el juicio.)

CAROL. Quiero decir, sin perjuicio  
de la obediencia filial.

Ahora bien. de la reyerta  
que ha tenido usted aquí  
con mi papá infiero...

FULG. Sí;  
que debo tomar la puerta.

CAROL. No tanto; pero el mas lerdo  
dirá que no le está bien  
otorgar mi mano á quien  
con él está en desacuerdo.  
Ya ve usted que—Dios lo quiso  
por el bien de ambos quizá—  
el disenso de papá  
me absuelve del compromiso.

FULG. No espere usted... (¡Todas son  
lo mismo!) que yo me aflija  
por...

CAROL. En suma, padre é hija  
hemos hecho dimision.

FULG. Bien está: yo lo celebro.  
No tema usted que mi labio,  
del cual sin pena (yo rabio)  
ha oido mas de un requiebro,

en injurias se desate  
contra la bella voitaria  
que hoy me trata como á un pária,  
y ayer...

CAROL. Yo no...

FULG. Disparate!

Tal proceder es anexo  
á un enemigo con faldas,  
y no es mengua hacer espaldas  
á la inmunidad del sexo.—  
Pero el señor don Gabriel...

CAROL. ¿Qué...

FULG. Llorará su desvío:  
yo se lo juro.

CAROL. Ay, Dios mio!  
Se batirá usted con él?

FULG. No. Pasa de los sesenta...

CAROL. Los cumplió por Navidad...

FULG. Y esa es otra inmunidad  
que debo tener en cuenta.  
Pero, pues la imprenta es libre,  
pronto verá el insolente  
que no se aja impunemente  
á un hombre de mi calibre.  
Ya su bandera no sigo,  
y él verá...

CAROL. Qué? Me consterno.

FULG. Que si malo para yerno  
soy peor para enemigo.

CAROL. Qué hará usted?

FULG. Mi saña inmensa  
le perseguirá importuna  
con la voz en la tribuna  
y con la pluma en la prensa.

CAROL. Ay! no. Embote usted los filos  
á esa arma terrible, aciaga.  
(Si otro riesgo no le amaga,  
podemos dormir tranquilos.)

FULG. Y no dirá Su Excelencia,  
aunque de estóico presuma,  
que le divierte mi pluma  
y le arrulla mi elocuencia.

### ESCENA III.

CAROLINA.

Hable y haga lo que quiera.  
Ménos su impotente cólera  
temo yo, que me enfadaban  
sus galantes paradojas,  
y no hará en el limpio nombre  
de papá mella ni sombra  
un hombre cuyo descrédito  
y nulidad nadie ignora.  
Mi primo, que le aborrece,  
celebrará su derrota  
tanto como yo.

(Á la puerta de la izquierda.)

Ramiro!

Á ver si se anima ahora...

### ESCENA IV.

CAROLINA. D. RAMIRO.

RAMIRO. Me llamabas?

CAROL. Dame albricias.

Ya don Fulgencio abandona  
el campo.

RAMIRO. Bien! bien!

CAROL. La crisis  
me ha librado de ese posma.

RAMIRO. Lo esperaba.

CAROL. No pudiendo  
su impertinente retórica  
recabar de mi buen padre  
que conserve la poltrona,  
le pidió una credencial  
extemporánea...

RAMIRO. Sí; póstuma.

CAROL. Y papá se la negó.

RAMIRO. Bravo! Ya contra ese cócora  
le habia yo hablado al alma,

CAROL. Sí? De su soñada novia  
espera mejor despacho;  
suspira, ruega, perora;  
mas tan feliz coyuntura  
yo aprovecho, y entre bromas  
y véras al alto honor  
renuncio de ser su esposa.  
Despedido de hija y padre,  
en fin, con toda la pompa  
de la ignominia, convierte  
en denuestos las lisonjas,  
y sin poder reprimir  
el pesar que le devora,  
se larga con viento fresco  
cantando la palinodia.

RAMIRO. Carolina, yo te doy  
mi enhorabuena con toda  
el alma.

CAROL. Gracias, Ramiro.

RAMIRO. Hombres de tanta bambolla  
no pueden tener amor  
sino á su misma persona

CAROL. Cierto.

RAMIRO. Más mereces tú.

CAROL. De véras?

RAMIRO. Ah! sí. Esa boda  
habria de ser infausta  
para tí.

CAROL. ...Para mí sola?

RAMIRO. Tambien... (¡Qué iba yo á decir!)  
Tambien...

CAROL. Dilo. (No habrá forma  
de hacerle espontanearse.)

RAMIRO. Para el tio. Eres su joya  
de mas precio...

CAROL. (¡Qué salida  
de pavana!)

RAMIRO. Y sin zozobra  
no veria á su hija única  
víctima de un...

CAROL. (Me sofoca.)  
En fin, libre de tal riesgo

ya estoy, y eso es lo que importa.  
Ahora falta que tambien  
me deje en paz el carcoma  
del Marqués.

RAMIRO. Harto será,  
si obtenemos una próroga,  
que él mismo no dé ocasion  
para...

### ESCENA V.

CAROLINA. D. RAMIRO. EL MARQUÉS.

MARQ. *Éccomi quá*, paloma!  
¿Conque en efecto papá  
pertenece ya á la nómina  
de los excedentes?

CAROL. Sí.

MARQ. Y siguen la misma norma,  
segun cuentan, otros dos  
cómplices.

CAROL. Eh?

MARQ. Digo, *colégas*.

RAMIRO. Hum! *colégas*.

MARQ. Qué más dá?  
Lo esencial no es la prosodia,  
sino el hecho. Don Gabriel,  
que á mi amistad officiosa  
nada oculta, me dirá  
si es parcial ó no ea la órbita  
ministerial el eclipse  
que de cien maneras glosan  
los noticieros.

CAROL. Papá  
ha salido.

MARQ. ¡Es faerte cosa  
no poder hoy darle caza...  
Pues, querida, ya se nota  
en las veletas políticas  
la mudanza de la atmósfera.  
El famoso don Fulgencio—  
lo sé de su misma boca—

con armas y con bagajes  
se va á pasar—qué deshonra!—  
á la oposicion.

CAROL. Bien hecho.

MARQ. Y ya á los suyos convoca.

RAMIRO. Son muchos?

MARQ. Cuatro amigotes  
que con él comen y votan.

RAMIRO. Terrible falange!

MARQ. Ya

pide la palabra en contra,  
y aun no se ha abierto la cámara.  
Como no ignoro qué mosca  
le ha picado y le conozco,  
su conducta no me asombra.  
Yo, á fuer de amigo constante  
y yerno á prueba de bomba,  
en defender al caido  
fundo mi gozo y mi gloria.

CAROL. Oh energía! ¡oh...

MARQ. Voy volando,

aunque sude cada gota  
como el puño, á trabajar,  
á inquirir... Adios, hermosa!

CAROL. Buen viaje!

RAMIRO. (Títere!)

MARQ. ¡Guerra  
de exterminio á los apóstatas!

## ESCENA VI.

CAROLINA. D. RAMIRO.

RAMIRO. Él lo sería tambien,  
aunque su lealtad encomia,  
si tu padre, como á ser  
ministro de la Corona,  
á las fincas renunciase  
y á las rentas de que goza.  
¡Ay, todo es en este mundo  
mentira, farsa, tramoya!

CAROL. Oh! sí, y tus declamaciones

me van ya haciendo filósofa.

RAMIRO. Te burlas?

CAROL. Poco me falta  
para renunciar á modas  
y tertulias y teatros  
y retirarme á una choza. .

RAMIRO. ¿Qué oigo! ¡Tú...

CAROL. Mas sabe Dios  
las hablillas maliciosas  
á que daria lugar  
resolucion tan heróica.  
No; el claustro más bien... Qué opinas?  
Haria yo buena monja?

RAMIRO. ¡Por Dios, Carolina... Yo...

Esa pregunta es capciosa,  
y yo ni puedo...

CRIADO. <sup>(Llega con una carta, la entrega á Carolina y váse.)</sup>  
Esta carta...

RAMIRO. Ni debo...

CAROL. Es de Barcelona.  
Será de mi buena amiga...  
Sí, sí, la letra es de Antonia...  
Voy con tu permiso... Quiero  
contestarla sin demora.  
(Yéndose.)  
(Llega á buen tiempo; que crece  
por momentos mi congoja,  
y aunque el alma lo desea,  
tiemblo ya de hablarle á solas.)

## ESCENA VII.

D. RAMIRO.

No sé qué va á ser de mí  
si un dia más se prolonga  
el insufrible tormento  
que el corazon me destroza.  
Ya me halaga una esperanza  
tan dulce como ilusoria;  
ya en perspectiva el temor  
de un desaire me sonroja;

y si el desaire me aterra  
me avergüenza la victoria.  
¿Por qué he vuelto yo á Madrid,  
Carolina, si esta loca  
pasion no acierto á vencer,  
y nunca avenirse logran  
con la razon que me arredra  
el instinto que te adora?—  
Fuerza será...

CATUJA. (Á la puerta del foro.) ¿Es el señor  
don Ramiro Sanz de Morla  
á quien...

RAMIRO. Servidor de usted.

CATUJA. Gracias...

RAMIRO. Pase usted, señora.

### ESCENA VIII.

D. RAMIRO. CATUJA:

CATUJA. Vengo á implorar el favor  
de usted... Pero tengo miedo  
de incomodar...

RAMIRO. No... ¿En qué quedo  
servir á usted?

CATUJA. Mi rubor...

RAMIRO. (Qué querrá?)

CATUJA. Tengo hambre y sed  
de justicia.

RAMIRO. Eso no es raro.

CATUJA. Y solicito el amparo  
de usted...

RAMIRO. Bien. Siéntese usted...

CATUJA. Gracias. (Se sienta.)

RAMIRO. Y diga el asunto...

CATUJA. Ay, Dios! Yo, señor de Morla,  
soy natural de Cazorla...

RAMIRO. Bien; eso...

CATUJA. Hija del difunto...

RAMIRO. Hable usted con laconismo,  
le ruego, y si la cuestion  
no es saber su filiacion



- y su pila de bautismo...
- CATUJA. Es verdad: á mi derecho  
nada concede ni niega  
ser yo andaluza ó gallega;  
pero...
- RAMIRO. Bien; vamos al hecho.
- CATUJA. Ayer llegó á mis oídos  
que funda usted su delicia  
en administrar justicia  
á los pobres desvalidos.
- RAMIRO. No soy juez, sino abogado,  
y no siempre me deleito...  
Vaya, sobre qué es el pleito?
- CATUJA. Ay! sobre un desaguisado...
- RAMIRO. Cómo!
- CATUJA. Yo... Infeliz mujer!...  
Fuí... Me da tanta vergüenza...
- RAMIRO. Preciso es que usted la venza  
si nos hemos de entender.
- CATUJA. Ay! sí. Pues, señor, yo fuí  
doncella...
- RAMIRO. (Fuí!)
- CATUJA. De labor  
en una casa de honor...  
Miento; que en ella perdí...  
Ah!... (Se cubre la cara con las manos )
- RAMIRO. Entiendo.
- CATUJA. Enorme delito!  
Cruel traicion!
- RAMIRO. Vamos, hija,  
no llore usted, ne se aflija.  
Quién fué el reo?
- CATUJA. El señorito.
- RAMIRO. Lo de siempre. Es mucho cuento!...  
Pero ese llanto...
- CATUJA. Ay, señor!  
Lloro su infamia y mi error,  
su perjurio y mi escarmiento.  
Mi resistencia fué larga,  
pero aun más su obstinacion.  
La ocasion hace el ladron...
- RAMIRO. Sí.

CATUJA. Pues, y el diablo las carga.

RAMIRO. Ya.

CATUJA. Pero ántes, y Nemesia  
la nodriza fué testigo,  
juró casarse conmigo  
por delante de la iglesia.—  
¡Y apenas pasó un trimestre,  
dejándome un corto auxilio  
huyó de su domicilio!  
Qué conducta tan silvestre!

RAMIRO. Y no dijo adónde fué?

CATUJA. No! Y para mayor quebranto—  
otra vez me ahoga el llanto—  
blanco de su mala fé  
que todas las leyes huella,  
ay, mísera! tal me ví,  
que de la casa me fuí...  
ántes que me echasen de ella.

RAMIRO. (Infeliz!...) ¡Hubo pues... vástago...

CATUJA. Ay! Sí, señor. Nueva cruz  
que Dios quiso... Le dí á luz  
en otro lugar..., en Sástago.

RAMIRO. Siendo madre...

CATUJA. Ay!

RAMIRO. Ese mérito  
se hará en los autos valer...

CATUJA. Lo fuí!

RAMIRO. (Diantre de mujer!  
Todo es en ella pretérito.)

CATUJA. Bello era como un Narciso;  
péro, ay! al octavo día  
Dios le dió una alferecía  
que le llevó al Paraíso.—  
Viendo yo cercano el fin  
de mis menguados ahorros  
y sin recibir socorros  
de aquel hombre aleve y ruín,  
con mi luto y mi mancilla  
me dirigí—suerte fiera!—  
en asiento de tercera  
á esta coronada villa,  
donde sin soltar—qué afan!—

ya la plancha, ya la aguja,  
la aperreada Catuja  
gana un pedazo de pan.

RAMIRO. Bien; se entablará el litigio...

CATUJA. Eso, eso! ¡y guerra perene...

RAMIRO. Y espero... Mi nombre tiene  
en el foro algun prestigio,  
y si hay alguna probanza  
escrita, es casi seguro...

CATUJA. Firmar no quiso el perjuro  
la cédula de ordenanza;  
mas si el tribunal da fe  
á la nodriza de márras,  
que ahora está en las Alpujarras...

RAMIRO. (Échale un galgo!) No sé...

CATUJA. Pero amén de eso, el traidor,  
durante una breve ausencia,  
cartas me escribió en Valencia  
jurándome eterno amor.

RAMIRO. Eso no valdrá gran cosa  
si sólo contienen bellas  
frases...

CATUJA. Sí; que en una de ellas  
me llama adorada esposa.

RAMIRO. Ah!

CATUJA. Tres cartas y un testigo...

RAMIRO. Bien; las leeré sin demora.  
Démelas usted, señora.

CATUJA. Ay! no las traigo conmigo.  
Como no puedo, ay de mí!  
pagar los emolumentos...

RAMIRO. Eh!— Qué hago sin documentos?

CATUJA. Dudé...

RAMIRO. Quién se viene así?

CATUJA. Como un pobre siempre piensa  
lo peor...

RAMIRO. Sólo por eso  
merece usted...

CATUJA. Yo confieso...

RAMIRO. Que le niegue mi defensa.

CATUJA. Ay Dios!

RAMIRO. La acepto, no obstante...

CATUJA. Bendigo al Supremo Ser  
que me...  
RAMIRO. Y poco he de poder  
ó la saco á usted triunfante.  
CATUJA. Tanta dicha... Ah! yo me atonto...  
yo me...  
RAMIRO. Bien: quiero ver hoy  
las cartas: vaya usted...  
CATUJA. Voy...  
RAMIRO. Y vuelva con ellas pronto.  
CATUJA. Pero ántes, esta mezquina  
merezca besar los piés...  
(Se arrodilla y Ramiro la obliga á levantarse.)  
RAMIRO. Eh! no: ni ántes ni despues...  
Alce usted!...

## ESCENA IX.

CATUJA. D. RAMIRO. CAROLINA.

CAROL. Ah!  
RAMIRO. (Para sí.) Carolina!  
CAROL. ¿Quién es...  
CATUJA. Beso á usted la mano,  
señorita.  
CAROL. Servidora.  
No conozco á usted, señora.  
CATUJA. Tampoco yo á usted: es llano.  
Nunca hasta ahora mi pié  
tuvo el honor...  
CAROL. Soy discreta...  
RAMIRO. Ha venido...  
CAROL. Y si es secreta  
la sesion...  
RAMIRO. (Sonriéndose.) Oh! sí...  
CAROL. Me iré...  
RAMIRO. No te vayas, ó me ofendo.  
La jóven que está delante  
es...  
CAROL. Ya; alguna litigante...  
CATUJA. Claro está.  
RAMIRO. Y yo la defiendo.  
CAROL. Como la ví de rodillas...

RAMIRO. Si ella tomó esa actitud,  
no fué...

CATUJA. Fué por gratitud.  
(Los celos la hacen cosquillas.)

RAMIRO. Constante en mi vocacion...

CAROL. Sí.

RAMIRO. Bien puedo sin pecar  
á una cuitada amparar  
que me pide proteccion.

CATUJA. No ha habido en mi accion sincera  
estudiada escaramuza.

Porque una sea andaluza  
¿ha de ser carantoñera?

CAROL. Quién dice tal cosa? oh! ¿quién...  
De Cádiz ó de Granada?

CATUJA. No; nacida y bautizada  
en el reino de Jaen.

CAROL. Basta. (Ya mi error advierto.)  
(Á D. Ramiro.)

Chanza ha sido: no te enfades.

CATUJA. Ay! tras de mil tempestades  
su caridad es mi puerto,  
y si con ella me exalta,  
¿es justo que se me tilde  
porque suplo con lo humilde  
lo que de rica me falta?

CAROL. Bien! (Á Ramiro.)

Lindamente se explica.

CATUJA. ¿Yo... ay Dios!...

CAROL. Por qué ese suspiro?

CATUJA. Lindezas!...

CAROL. ¿Sabes, Ramiro,  
que es muy graciosa esta chica?

CATUJA. Quizá algun dia lo fuí,  
mas ya aquel viento no sopla.  
Ay! bien dice aquella copla:  
«Aprended, flores de mí»...

CAROL. No mas. Ya, como él, ampara  
á usted...

CATUJA. Quién?

CAROL. Mi corazon.

¿Qué mas recomendacion

que ese llanto y esa cara?

CATUJA. Madre de Dios!... Tanto agrado me confunde y me avergüenza; mas ya á respirar comienza este pecho atosigado.

Dios me cerró otros caminos y me abre el que me conviene; el de esta casa, que tiene ángeles por inquilinos.

CAROL. Qué opinas de ese vocablo?

RAMIRO. Que es de molde para tí...

CATUJA. Muchito!

RAMIRO. Mas para mí,  
no...

CATUJA. Sí tal: con los dos hablo.  
¿Quién será el que no se rinda,  
áun siendo de mármol frio,  
á dama de tanto brio  
y tan amable y tan linda?

CAROL. { (Ah!...)

RAMIRO.

CATUJA. Pues el señor de Morla,  
mi buen amigo, no es barro.  
¡Vaya si estará bizarro  
con la muceta y la borla!

RAMIRO. Eh! basta ya... (Me atormenta.)

CATUJA. No se haga usted el candongo...  
(Á Carolina.)

Lo digo porque supongo...

CAROL. Qué?

CATUJA. Que es usted su parienta.

CAROL. Su parienta!

RAMIRO. (Se me acaba  
la paciencia.)

CATUJA. Pues; su esposa.

RAMIRO. (Con enfado.)

Perdone usted; no hay tal cosa.

CAROL. (Se irrita!)

RAMIRO. (Esto me faltaba!)

CATUJA. No? Bien; es cuestion de nombre.  
Si hoy lo impide algun obstáculo,  
mañana quizá...

CAROL. (Otro oráculo  
que echa en saco roto. Qué hombre!)

CATUJA. (Á Carolina.)  
Eh? Corta será la tregua,  
porque novios, claro está  
que lo son ustedes.

CAROL. (Ah!)

CATUJA. Eso se conoce á legua.

RAMIRO. Perdona su indiscrecion.

CAROL. (Mayor es tu impertinencia.)

RAMIRO. ¿Quién le ha dado á usted licencia  
para esa pesquisicion?  
Primos somos, nada mas.

CATUJA. Toma! ¡Como de esos primos  
se quieren, y se hacen mimos,  
y...

RAMIRO. (Está dada á Barrabás!)

CAROL. No; somos primos... á secas.  
Mi novio él? Ni por asomo.

CATUJA. Creí que... Tan cerca...

CAROL. Como  
si estuviese en las Batuecas.

RAMIRO. (A Carolina con ternura.)  
Carolina!... (Ansias crueles  
me hace pasar.)  
(Á Catuja bruscamente.)

Basta ya!

CATUJA. Si...

RAMIRO. ¿Qué hace usted que no va  
á traerme esos papeles?

CATUJA. Yo...

RAMIRO. Vaya sin dilacion  
á lo que le tiene cuenta  
y no se meta en la renta  
del excusado.

CATUJA. Perdon!

(Á Carolina.)

¿Le he llamado yo tahir,  
ó judío, ó cosa así  
para...

RAMIRO. Aun está usted aquí?

CATUJA. Jesus!... Vaya,... abur.

CAROL. (Con bondad.) } Abur.  
RAMIRO. (Con despego.) }

## ESCENA X.

CAROLINA. D. RAMIRO.

RAMIRO. Al fin...

CAROL. Señor don Ramiro,  
muy primo mio y señor:  
hoy está usted insufrible.

RAMIRO. Pues ¿en qué he faltado yo?...

CAROL. Su austera filosofía  
tiene ya mas de un bemol,  
y de indulgente me paso  
cuando tal nombre le doy.

RAMIRO. Carolina! ..

CAROL. Con licencia  
de usted, creo que un doctor...

RAMIRO. Oye...

CAROL. No está dispensado  
de tener educacion.

RAMIRO. No; pero... por qué lo dices?

CAROL. Porque fastidiada estoy  
de tus melindres.

RAMIRO. Melindres!

CAROL. ¿Es algun crimen feroz  
suponer que casto yugo  
nos haya unido á los dos?

RAMIRO. No, pero es mucha osadía...

CAROL. ¿Por qué con tanto rigor  
tratar á la desdichada  
que hizo tal suposicion?

RAMIRO. Muy brusco he sido con ella,  
mas ¿qué quieres! Me irritó  
con tantas bachillerías;—  
y mi acerba reprension  
te prueba que no la miro  
con amor...

CAROL. Usted amor!  
No es capaz una alma grande  
de tanta degradacion.



RAMIRO. ¡Por Dios, no aumentes mi angustia  
con tus sarcasmos! ¡Por Dios...

CAROL. Ni puede á tal arrapiezo  
arriar su pabellon  
quien tan alto le mantiene  
ante las damas de honor.

RAMIRO. Con cada acento disparas  
un dardo á mi corazon.

CAROL. No abogo por la infeliz  
que tu saña provocó,  
sino por mí propia; mia,  
que no de ella, es la cuestion.  
¿Por qué, siendo caballero  
y caballero español,  
la sandez, que en mis oidos  
sin escándalo sonó,  
en los de usted fué blasfemia  
que merece excomunion?  
¿Hay en mí tan poco mérito  
ó tanta arrogancia en vos,  
que calificais de absurda  
nuestra imaginada union?

RAMIRO. No eres justa ni conmigo  
ni contigo misma, no,  
dando, prima, á mi conducta  
tan falsa interpretacion.  
Ni hay tal arrogancia en mí  
ni bajo el disco del sol  
mujer más digna que tú  
de lauro y admiracion;  
mas yo no puedo olvidarme  
de quién eres y quién soy.

CAROL. Yo, una mujer: claro está;  
y tú...

RAMIRO. Yo...

CAROL. Un santo varon...  
por no decir otra cosa.

RAMIRO. Un ente...—habla sin temor—  
raro, insociable...

CAROL. (Muy irritada.) Oh! sí, sí.

RAMIRO. (Prefiero su indignacion  
á su desprecio.) Aborréceme,

pues tanto enojo te doy.  
CAROL. (Fuerza será.)  
RAMIRO. Pero...  
CAROL. Basta!  
Qué enfadosa discusión!  
RAMIRO. Me iré...  
CAROL. Nadie te echa; pero...

## ESCENA XI.

CAROLINA. D. RAMIRO. EL MARQUÉS.

Siguen disputando Carolina y D. Ramiro sin cuidarse del nuevo interlocutor.

RAMIRO. Sí, eso será lo mejor.  
CAROL. (Tal vez!)  
MARQ. Bella Carolina...  
(Disputan!...) Corre la voz...  
CAROL. Mas si tal es tu deseo...  
RAMIRO. Deseo no; obligacion.  
MARQ. Vengo...  
CAROL. (Al Marqués con despego.)  
Eh!  
MARQ. Caballero...  
RAMIRO. (Como Carolina.) Bah!  
CAROL. (Á Ramiro.)  
Vete bendito de Dios.  
MARQ. (Por qué riñen?) Con permiso...  
CAROL. Eh!  
RAMIRO. Bah!  
MARQ. Vengo del salon...  
CAROL. No queremos saber nada.  
MARQ. (Qué desdeñosa está hoy!)  
(Á D. Ramiro.)  
Mi rival...  
RAMIRO. Cállese el necio!  
(Váse por la puerta de la izquierda.)  
MARQ. (Á Carolina.)  
Prenda!...  
CAROL. Váyase el moscon!  
(Váse por la puerta de la derecha.)

## ESCENA XII.

EL MARQUÉS.

Ó hay aquí gato encerrado  
ó locos están los dos.

Que calle y me vaya! ¿Así  
se trata á un hombre de pró?

(Haciendo sonar la campanilla y paseándose muy  
agitado.)

Yo les juro por mi vida...

Yo sabré...

CRIADO. (Á la puerta del foro.)  
Llama el señor?

MARQ. Sí, para decir á usted  
que...

CRIADO. Qué?

MARQ. (Breve pausa.) Que callo y me voy.  
(Váase por el foro y detras el Criado.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



---

## ACTO TERCERO.

---

### ESCENA PRIMERA.

D. GABRIEL. CAROLINA.

GABRIEL. Dame la enhorabuena.

Magnánima Isabel cuanto benigna,  
ya de admitir se digna  
mi dimision, y rota la cadena  
que muy mal de mi grado  
al timon me amarraba del estado,  
en gozo convertida la amargura,  
al lado de una prenda tan querida  
en quien mi gloria estriba y mi ventura,  
vuelvo á la paz del alma y de la vida.

CAROL. Ah! sea mi respuesta un tierno abrazo;

(Se abrazan.)

que yo tambien rechazo,  
oh padre mio! con desden profundo  
las vanas ilusiones del gran mundo.

GABRIEL. Supo apenas la crisis, tú lo has visto,  
don Fulgencio, tu insigne pretendiente,  
cuando, aunque de sagaz presume y listo,  
se quitó de la frente

la máscara falaz que la cubria,  
y cuando otra ventaja no obtuviera  
de mi tan anhelada cesantía,  
el feliz pensamiento aplaudiria  
de haber abandonado la cartera.

CAROL. Cuando admití propicia su homenaje,

sincero en la apariencia,  
me dejé fascinar, yo lo confieso,  
por el falso oropel de su lenguaje;  
pero á mi inexperiencia  
se unió tal vez para turbarme el seso  
otra razon no leve  
que á declarar mi labio no se atreve.  
Erré, mas dias ha que harta y muy harta,  
me tenía ese bistrion; ya no coarta  
mi libertad, pues, como dice el vulgo,  
mostró la oreja y entregó la carta,  
y si le acusa usted, yo le excomulgo.  
Mas, ay! en este mundo transitorio  
¿quién, oh padre! al error no está sujeto?  
La experiencia es gran cosa, y sin embargo,  
para nadie, señor, es un secreto  
que ella tambien claudica.  
Si es de los tunos largo el repertorio,  
tambien el de los crédulos es largo,  
y usted quizá... Pero el filial respeto  
no me permite...

GABRIEL. Eh?  
CAROL. Yo...  
GABRIEL. ¿Qué significa...  
CAROL. Señor!...  
GABRIEL. Hay de por medio otro farsante?  
CAROL. Sí...  
MARQ. (Á la puerta del forc.)  
¿Permiten ustedes...  
GABRIEL. Adelante.

## ESCENA II.

D. GABRIEL. CAROLINA. EL MARQUÉS.

MARQ. Beso los piés á la hermosa  
Carolina, á quien tributo  
tierno amor. *Idem* las manos  
á su digno padre augusto.  
GABRIEL. Hombre! augusto...  
MARQ. Es una hipérbole  
con que pondero mi sumo

respeto y... ¡Gracias á Dios  
que al fin se me cumple el gusto  
de ver á usted! Cuatro viajes  
me ha costado; este es el último;  
pero si mi diligencia  
no ha dado hasta ahora fruto,  
no á usted, que es tan bueno, sino  
á la crisis lo atribuyo.  
Yo que ahora más que nunca,  
cuando otros huyen el bulto,  
en ser amigo de usted  
mi dicha cifro y mi orgullo,  
sincera adhesion le ofrezco,  
aunque no es grande mi influjo;  
porque yo con la política  
militante no especulo  
ni soy de aquellos proteos  
que dicen: oros son triunfos.

GABRIEL. Le creo á usted, Marquesito,  
y se lo agradezco mucho.

CAROL. (Qué ceguedad!)

MARQ. Don Fulgencio  
muda ya á su nave el rumbo.

GABRIEL. Ya lo sé, y nada me importa.

MARQ. Sin embargo, porque juzgo  
que no ha de pesar á ustedes  
saber el chasco mayúsculo  
que hoy se ha llevado, les voy  
á contar en dos minutos  
lo ocurrido en el Congreso.  
Era gráfico preludeo  
el salon de conferencias  
de un borrascoso tumulto.  
Qué hervidero, santo Dios!...  
Entre los diversos grupos  
que habia, el más agitado  
era el que ese hombre perjuro  
pretendia dominar.  
Rostrituerto y cejijunto,  
manoteaba como loco,  
gritaba como energúmeno,  
y sacando del bolsillo

notas, diarios, opúsculos,  
el tema nos anunciaba  
del ataque furibundo  
con que se iba á pronunciar  
contra usted y sus adjuntos;  
y ostentando ya fogoso  
el exuberante lujo,  
de ominosas invectivas  
de que se hace tanto abuso,  
execraba el nepotismo  
y los manejos ocultos;  
y allí nos hizo un potaje  
indigesto y nauseabundo  
de turrón y sanguijuelas  
y víctimas y verdugos.—  
Óyese la campanilla,  
se abren las puertas al público,  
y se atestan las tribunas,  
y se engallan los tribunos.  
Á la lectura del acta  
siguió un rápido murmullo,  
que interrumpió don Fulgencio  
pidiendo con ceño adusto  
y bronca voz la palabra;  
pero—cosas de este mundo!—  
Se la atajó el Presidente  
dando á las sesiones punto—  
nunca fué su señoría  
tan sabio y tan oportuno—  
á solicitud del *idem*  
del Ministerio difunto,  
hasta que Su Majestad,  
usando de su inconcurso  
Real privilegio, forme  
el Gabinete futuro.

GABRIEL. Ya tenía yo noticia  
de eso.

MARQ. Así lo conceptúo;  
mas, mensajero oficioso,  
yo al deleite no renuncio  
de referir el efecto  
que en el tráfuga produjo



su inesperado percance.  
Pálido le vi, convulso,  
atortolado... Ahí es nada!  
¡Disiparse como el humo  
su sueño de oro y quedársele  
dentro del cuerpo el discurso!—  
Y no es esto lo peor,  
sino que, según barrunto,  
le va á salir la criada  
respondona.

GABRIEL.                   Sí?

MARQ.                    Lo fundo  
en que corre por Madrid  
el agradable susurro  
de que el digno Presidente  
del Ministerio presunto  
es usted.

GABRIEL.                No sin razón  
se ha propalado ese anuncio.  
He podido serlo, sí;  
la Reina me lo propuso  
porque aprueba mi programa;  
mas de tanto honor me excluyo  
porque ya el poder no tiene  
para mí atractivo alguno,  
y porque, siendo obra mía  
la crisis, creerían muchos  
que desmedida ambición  
á dar tal paso me indujo,  
y me llamarían Júdas  
Iscariote... No! abrenuncio!  
Su Majestad—Dios la guarde—  
siempre de nobles impulsos  
móvida, ya ha confiado  
á otros hombres mas robustos  
la carga que de los míos  
cuerdamente yo sacudo.

MARQ.                Vitor! bravo! Eso es obrar  
con la madurez y el pulso  
de un gran filósofo, y no  
de la secta de Epicuro,  
sino...

- CAROL. Adulacion!
- MARQ. Justicia,  
nada más: yo á nadie adulo.
- CAROL. Lo mismo diria usted  
si en vez de echarse en el surco,  
papá se aferrare al mando  
como á la concha el molusco.
- MARQ. No tal... (Á D. Gabriel.)  
¡Vaya una ocurrencia...
- GABRIEL. Tiene fe en mí y no le culpo;  
mas sólo al comun sentido  
en esta ocasion consulto  
sin pretender parecerme  
á Sócrates ni á Confucio.
- MARQ. Quiénes son los agraciados?  
¿Está ya completo el número...
- GABRIEL. (Dándole un papel.)  
Sí. Aquí tiene usted la lista.  
Hoy jurarán...
- MARQ. (Leyendo.) «Don Raimundo»...—  
Oiga! Ya le designaban...—  
«El Baron de Montecurvo»...—  
Pariente mio.—«Don Próspero»...—  
Célebre jurisconsulto!—  
«Don Jaime»...—Ya!—«Don Cipriano»...—  
Bien!—«Don Luis»...—Me congratulo...—  
«Don Eulogio... Don Fermin»...—  
Estos dos siempre van juntos.  
(Volviendo el papel á D. Gabriel.)  
Buen areopago! Le apruebo.—  
Y todos sin faltar uno  
son del partido contrario  
al que ha abrazado el obtuso  
don Fulgencio. Se ha lucido!
- GABRIEL. Sí por cierto, y yo presumo  
que disolverán las Córtes.
- MARQ. Pues si se cumple ese augurio,  
no vuelve á ser diputado  
á dos tirones el chusco.
- CAROL. Cómo no? Él se ingeniará...
- MARQ. Es cunero, y dificulto...
- CAROL. Se resellará otra vez.

- GABRIEL. Eso tenlo por seguro.  
Hay ya sobre esa medalla  
tantos lemas y dibujos,  
que el más hábil numismático,  
tras largos dias de estudio,  
no podrá decirnos cuál  
fué su primitivo cuño.—  
Pero dónde está Ramiro?
- CAROL. Siempre ocupado en asuntos  
litigiosos...
- MARQ. Con los cuales  
no ganará cien escudos  
al año. Bello sujeto!;  
mas como ha dado en el flujo  
que usted sabe, es su despacho  
una especie de *refugium*  
*peccatorum*, un...
- GABRIEL. (Con severidad.) Marqués!
- MARQ. No es decir que yo censuro  
su cristiana vocacion...
- GABRIEL. Sería usted muy injusto  
si tal hiciera.
- MARQ. En efecto.  
Algo peca de cartujo...
- CAROL. (Ah!)
- MARQ. Pero...
- GABRIEL. No hay corazon  
más benéfico que el suyo.
- MARQ. Sí.
- GABRIEL. Ni carácter más digno  
de...
- MARQ. Sí; lo afirmo...; lo juro.  
Lo que he dicho es porque creo  
que no sería un absurdo,  
sin olvidar á los pobres,  
procurar tambien, no un lucro  
odioso, sino el que baste  
á redondear su peculio.  
¿Cómo he de ser yo enemigo  
de tan guapo mozo, y cuyo  
pariente seré tan luego  
como el sacrosanto yugo

me una para siempre...

CAROL. (Ay Dios!)

MARQ. ¿Á ese adorable trasunto  
de todas las perfecciones?

(Asoma D. Ramiro por la puerta de la izquierda, sin ser visto, y observa.)

GABRIEL. Grato me será ese nudo,  
lo sabe usted, si consiente  
mi hija...

RAMIRO. (Ah!)

CAROL. Señor!...

RAMIRO. (¿Qué escucho!)

### ESCENA III.

D. GABRIEL. CAROLINA. EL MARQUÉS. D. RAMIRO.

CAROL. No urge tanto el casamiento...

RAMIRO. (Adelantándose.)  
Permítame usted...

GABRIEL. ¿Qué miro!

RAMIRO. Yo vengo...

GABRIEL. Á qué?

MARQ. Don Ramiro!

RAMIRO. Á poner impedimento.

CAROL. (Gracias á Dios!... Ya respiro.)

GABRIEL. Hablas con formalidad?

RAMIRO. Sí, señor.

MARQ. No me someto  
á tal arbitrariedad.  
¿Quién le da á usted facultad  
para tan extraño veto?

CAROL. (Amor!)

MARQ. Qué ley nos enjuicia?

¿Qué...

GABRIEL. ¿Es litigio lo que entablas...,  
ó una chanza sin malicia...

MARQ. Sí.

RAMIRO. No!

CAROL. En nombre de quién hablas?

- RAMIRO. En nombre de la justicia.
- MARQ. Quién falta á ella? Yo ignoro...
- GABRIEL. De la justicia!
- RAMIRO. Sí tal.
- CAROL. (Qué dice?...)
- RAMIRO. Su nombre imploro  
y el de la sana moral.
- MARQ. ¿Á quién aquí se atropella,  
al novio ó á la doncella?  
¿Á quién, ¡voto á...  
(Á D. Gabriel.) Usted perdone,  
el entredicho se pone?  
Es nua la tacha, ó de ella?
- RAMIRO. De ella! ¿Quién, siendo dechado  
de virtud, fuera tan 'ciego,  
tan soez y deslenguado  
que osara injuriarla?
- MARQ. Luego  
¿sobre mí viene el nublado?
- RAMIRO. Sí, señor.
- MARQ. Cómo!...
- GABRIEL. Qué es esto?
- MARQ. ¡Qué ley, ni aquí ni en Sicilia,  
se opone... (Malo me he puesto!)  
á que...
- RAMIRO. Ese enlace funesto  
deshonrara á mi familia.
- MARQ. (Algo sabrá...) (Á D. Gabriel.)  
Es solecismo!
- GABRIEL. Él dirá...
- MARQ. Calumnia infanda!  
(Reniego de su bautismo.)
- RAMIRO. Digo la verdad.
- MARQ. Hoy mismo  
entablaré la demanda...
- RAMIRO. Se guardará usted muy bien  
de hacerlo.
- MARQ. (Me descalabra.)  
¡Hum... (Dios le confunda, amén!)
- GABRIEL. Por qué?
- RAMIRO. Á otra dió palabra...
- MARQ. ¡Palabra... Yo... ¿Cuándo... ¿Á quién...
- :

- RAMIRO. No vale hacerse de nuevas,  
que no soy yo un aprendiz.  
Á la mujer infeliz  
que sedujo usted.
- MARQ. ¿Qué pruebas  
tiene usted de ese desliz?
- GABRIEL. No desliz, sino delito  
es ese y delito enorme.
- MARQ. Bien; pero á nadie (Maldito!)  
por error ó falso informe  
se le cuelga un sambenito.
- CAROL. (La andaluza... Es evidente.)
- RAMIRO. El informe es fehaciente  
y explícito.
- GABRIEL. (¿Quién diría...)
- RAMIRO. Y si le desmiente usía,  
á sí propio se desmiente.
- MARQ. (Temblando estoy.)
- RAMIRO. Carta canta.
- MARQ. (Tiró el diablo de la manta!)
- RAMIRO. (Sacando las cartas y mostrándoselas al Marqués.)  
Tres tengo aquí...
- MARQ. (Me acogota.)
- RAMIRO. Que usted firmó.
- MARQ. (Virgen santa,  
por qué fui yo tan idiota?)
- CAROL. Ay papá!...
- RAMIRO. Vea usted, vea  
si son...
- MARQ. (Aciaga mujer!)
- RAMIRO. Quiere usted que yo las lea?
- MARQ. No, señor: no es menester.  
(Mi martirio le recrea.)
- RAMIRO. Aquí da usted testimonio  
de amor tropical...
- CAROL. (Demonio!)
- RAMIRO. Y habla usted—esto es mas grave—  
del pactado matrimonio...  
(Ap. al Marqués.)  
Y de aquello que usted sabe.  
(Guardando las cartas.)  
Se unirán al expediente,

y si usted no reconoce  
la firma, el juez competente...

MARQ. (Salgamos por la tangente  
y echémoslo todo á doce.)  
Blasono de solariego,  
y ábrase el juicio ó no se abra,  
yo nunca mi firma niego.

RAMIRO. Bien: ahora la firma, y luégo  
la palabra...

MARP. Eh! la palabra...  
Algunas se dan por gresca...  
No creo que cause estado  
una carta novelesca.  
Cuando uno está enamorado  
no sabe lo que se pesca.

GABRIEL. Yo esa doctrina repruebo.

CAROL. Es de alabar su frescura.

MARQ. ¿Tan horrible es ó tan nuevo  
gustar... ¿Qué incauto mancebo  
no hace alguna travesura?  
Ni los hombres de mi alzada  
buscan en rudos barbechos  
su esposa predestinada,  
ni hará bien esa cuitada  
en tomarlo tan á pechos.

GABRIEL. Eh! calle usted, que me irrita.

RAMIRO. Qué descaro! ¿Usted se mofa...

MARQ. Sí tal, que no vale un pito...  
Pecadillos de esa estofa  
se absuelven con pan bendito.

GABRIEL. (¡Bribon... Por dicha no es tarde.)

CAROL. Quien de tener hace alarde  
costumbres tan relajadas,  
sólo desprecios aguarde  
de las mujeres honradas,  
y ni en rústico barbecho  
ni bajo dorado techo  
es dado poner la planta,  
ni alegar ningún derecho  
á quien todos los quebranta.  
¿Tan poco es lo que yo valgo,  
que así usted me ha escarnecido

queriendo ser mi marido?  
¿Qué vale llamarse hidalgo  
quien su estirpe echa en olvido?  
Privilegios de nobleza  
no excusan una vileza;  
que en las obras, no en la cuna  
ni en los bienes de fortuna,  
la honra está ó la bajeza.—  
Ah! ya el corazon leal  
me hacia ver duelo ó mengua  
en consorcio tan fatal;  
pero el respeto filial  
puso un candado á mi lengua.

GABRIEL. De su padre amigo fiel,  
creí—¿decepcion cruel  
de mi fe y mi gratitud!—  
que la paterna virtud  
se perpetuaria en él.

MARQ. Juro al concilio de Trento  
que de mi conducta aleve  
me sonrojo y me arrepiento;  
mas si la culpa no es leve,  
mayor es el escarmiento.  
Sin que judicial edicto  
venga á aumentar mi conflicto,  
la pretension desamparo—  
ay dolor!—y me declaro  
reo confeso y convicto.  
Pero respecto de ustedes  
no es mi culpa tan atroz.  
Amor me cogió en sus redes...

RAMIRO. Á usted!

CAROL. Bah!

MARQ. Estéril mi voz  
se embota en esas paredes.  
No es ménos verdad por eso  
que yo—conste en el proceso—  
amo, adoro á Carolina,  
aunque indigno me confieso  
de dama tan superfina.—  
Sí, señores! Sí, señora!  
Sépanlo ustedes y el globo:



sólo por ella me arrobo,  
y no por la pecadora  
que ese hombre guarda en adobo.  
Capricho fué aquel, sí tal,  
pasajero, y por el cual  
más la lástima que el odio  
merezco; fué... un episodio,  
y esta es la accion principal.

CAROL. Accion cuyo desenlace...

MARQ. Ya; es echarme, *sin enlace*,  
por la puerta de los carros  
y castigar mis desbarros  
con un *requiescat in pace*.

GABRIEL. (Riéndose y lo mismo Carolina y D. Ramiro.)  
No... Pasma su desenfado.

RAMIRO. Sí, es donoso.

CAROL. En sumo grado.

¿Cómo no ser indulgente,  
papá, con un delincuente  
que hace reir al juzgado?

MARQ. Ah! sí; de almas tan humanas  
no en vano mi gracia impetre.  
Con intenciones muy sanas  
yo acá para mi caletre  
hacía cuentas galanas.  
Fiaba en que la aventura  
tarde ó nunca se sabria,  
fiaba en mi jerarquía  
y en que al fin amar me haria  
con prodigios de ternura;  
y como aquella trastada,  
excensable en un marqués,  
ántes se hizo, no despues,  
decia yo: agua pasada  
no muele, *et cætera*.

CAROL. Pues!

MARQ. Me engañó mi presuncion,  
y de ella me reconvengo  
yo propio, y én conclusion,  
digo á ustedes que no tengo  
todo lo de Salomon.

RAMIRO. Si le falta á usted su ciencia,

en cambio tiene una ganga,  
quizá de más conveniencia...

MARQ. Cuál?

RAMIRO. Ser tan ancho de manga  
para su propia conciencia.

MARQ. Pche!...

RAMIRO. Pero aunque yo propendo  
á la indulgencia tambien,  
sepa usted que no la extiendo  
á abandonar con desden  
á los pobres que defiendo.

MARQ. (Ya vuelve á buscarme el bulto  
el tenaz juriconsulto.)

RAMIRO. Tambien yo, en lo que usted llama  
accion principal del drama,  
le compadezco y le indulto;  
pero si la broma sigo,  
porque sería cruel  
dar á usted otro castigo,  
lo del episodio aquel  
no es cosa de risa, amigo.

MARQ. Dale! Á todo trance quiere  
cargarme... Esa sí que es ganga!

RAMIRO. La pobre mujer...

MARQ. Que espere!

¿Sé yo si vive ó si muere  
y si está aquí, ó en Berlanga?

RAMIRO. Vive, y llora...

MARQ. Llore ó ruja,  
no guardo mi blanca mano  
para semejante bruja.

RAMIRO. Yo...

MARQ. (Yéndose.) Abur!

CATUJA. (Saliendo de pronto por la puerta de la izquierda y  
asiéndole de un brazo.)

Alto aquí, villano!

CAROL. Bien decia yo...

MARQ. Catuja!...

## ESCENA IV.

CAROLINA. D. GABRIEL. D. RAMIRO. EL MARQUÉS.  
CATUJA.

CATUJA. Infiel! traidor!...

MARQ. Allí estabas!

CATUJA. Y harta ha sido mi paciencia  
en oírte hablar de mí  
con tan brutal desvergüenza,  
y no salir ántes, pícaro!  
á arrancarte las orejás.

MARQ. Es muy amable; eso sí!

CATUJA. ¿Cómo quieres que lo sea  
cuando...

MARQ. (Á D. Ramiro.) Agradezco á usted mucho  
esta agradable sorpresa.

RAMIRO. No la he preparado yo,  
sino...

MARQ. Quién?

RAMIRO. La Providencia.

MARQ. Suelta! sin la voluntad,  
es inútil que me prendas  
el brazo.

CATUJA. No te irás, no,  
sin cumplirme tu promesa.

RAMIRO. Suéltele usted en buen hora,  
pues sin usar de violencia  
ni de coaccion, sin duda  
se vendrá el señor á buenas.

(Suelta Catuja al Marqués.)

MARQ. Me vendré ó no me vendré;  
que á mí no se me maneja  
como á un niño.

GABRIEL. Con la honra  
de una mujer no se juega,  
y habiendo usted seducido  
á esa...

MARQ. Dónde está la prueba?  
Mis descargos se oirán  
donde se oiga su querella.

Quién ha seducido á quien?  
Difícil es el problama.

CAROL. (Aparte á D. Ramiro.)  
Puede que tenga razon.  
¿Por qué no pudo ser ella  
la que...

CATUJA. (Llorando.) Seducirte yo!  
¿Cómo... Ay! demasiado crédula..

MARQ. Cómo dices? Con tu cara,...  
que era entónces pasadera;  
con tus ojos; con los dengues  
en que todas sois maestras;...  
¿qué sé yo!.. Con esa misma  
credulidad zalamera,  
velo de loca ambicion  
y de pretensiones necias.  
¿Por dónde podias tú  
esperar, soñar siquiera  
ser esposa de un marqués  
que descende en línea recta...

CATUJA. Bah! ¿Y por dónde creyó usía  
que sus ruegos me vencieran  
á no haberme prometido  
la bendicion de la iglesia?  
Aun esto, yo lo confieso,  
no disculpa mi flaqueza;  
pero ¿por qué en este siglo  
de luces, no de tinieblas;  
de igualdad y de progreso,  
no de señores y siervas;  
por qué no pudo, sin nota  
de impertinente y soberbia,  
el deseo de ser títula  
trastornamente la chabeta?  
Vaya! Siendo, como soy,  
bien nacida y nada lerda,  
no es cosa del otro juéves  
que aspire yo á ser marquesa  
cuando peores bodorrios  
se están haciendo á docenas.

RAMIRO. (Ap. á Carolina.)  
Otro caso fulminante

- de la enfermedad que reina.
- MARQ. Que se hagan! Yo no soy voto  
de reata, y harta pena  
es perder una deidad  
sin cargar con una pécora.
- CATUJA. ¿Yo pécora, santo Dios!
- MARQ. Una cosa es que uno tenga,  
por distraccion, amorecillos  
con mozas de baja esfera,  
y otra...
- CATUJA. Perro! ¿Distraccion  
llama usted...
- MARQ. Y otra...
- CATUJA. Alma negra!
- MARQ. Pagarla tan cara. No!  
Primero iria á galeras.
- RAMIRO. La promesa, escrita está;  
probado hasta la evidencia  
el perjurio, y esta pobre  
de grado obtendrá ó por fuerza  
la justa reparacion  
que exige.
- MARQ. Bien; si pleitea,  
pleitearé y veremos...
- RAMIRO. Bien!
- MARQ. Y se morirá de vieja,  
se lo juro, ántes que yo...
- GABRIEL. Demos fin á esta contienda.  
El pleito puede excusarse  
si obra el Marqués con nobleza...
- CAROL. Si hará.
- GABRIEL. Y transige...
- MARQ. Casándome?  
Apelo de la sentencia.
- RAMIRO. Ó por lo ménos dotándola  
con lo que el código reza.
- MARQ. Bien... (Cruel alternativa!)  
Yo consultaré—no hay prisa—  
con la almohada...
- CATUJA. ¿Por qué  
no dices con la conciencia?
- MARQ. (Exasperado.)

Mujer!...

CATUJA. Porque no la tienes.

MARQ. Catuja!

CATUJA. (Llorando.) Si la tuvieras,  
no con oro, con tu mano  
pagarias una deuda  
tan sagrada; pero, oh Dios!  
ni mis lágrimas acerbas,  
ni la voz, ay! ya distante,  
con que la naturaleza  
te grita...

MARQ. ¡Voto á... Suspende  
tu sentimental areaga.

CATUJA. Hombre sin fe! Yo...

MARQ. (Á D. Ramiro.) Haga usted  
de mí todo lo que quiera...;  
se entienda, méaos..., con tal  
de que yo no oiga ni vea  
en los días de mi vida  
á esa fatal hija de Eva.

CATUJA. Tente!...

MARQ. (Con cómico despecho.)  
Adios!

## ESCENA V.

CAROLINA. D. RAMIRO. D. GABRIEL. CATUJA

CATUJA. Se va! Se ha ido!

(Como amagada de un desmayo.)  
Ay!... las rodillas me tiemblan...  
Los ojos... Téngame usted...

RAMIRO. (Ahora una pataleta?)  
Voto á bríos! No se desmaye  
usted: la ley se lo veda.

CATUJA. (Con candor.)  
Obedezco.

GABRIEL. (Ap. con D. Ramiro á Carolina.)  
Es maula.

RAMIRO. Harian  
ella y él linda pareja.

CAROL. (Á D. Ramiro, parodiando á Catuja.)

«Porque una sea andaluza  
¿ha de ser carautoñera?»

GABRIEL. Ánimo y conformidad,  
Catuja. Si se desdeña  
de contraer matrimonio  
con usted un calavera,  
por ello más que de pésame  
está usted de enhorabuena.  
Mal lo pasaria usted  
si contra viento y marea  
de semejante marido  
se proveyese, y más cuenta  
le ha de tener resignarse  
á soltería perpetua.

CATUJA. Ay, sí señor!; que no en vano  
dice el refran: cada oveja...

GABRIEL. Sí.

CATUJA. Y como, al cabo y al fin,  
siempre se rompe la cuerda  
por lo más delgado...

CAROL. Pues.

CATUJA. Y otro adagio nos enseña  
que quien nació para ochavo  
nunca llegará á peseta,  
¿qué he de hacer sino...

GABRIEL. Hay tambien  
otro refran que consuela...

CATUJA. Cuál?

GABRIEL. Los duelos...

CATUJA. Sí, con pan  
son ménos.—Pues bien, si suelta  
aquel foragido el dote  
á que la ley le condena,  
entónces...

GABRIEL. Le cobrará  
usted...

CATUJA. Sí?

GABRIEL. Sí, á toca teja:  
palabra de honor.

CATUJA. Si usted  
responde de la solvencia...

GABRIEL. Algo más que eso: el dinero

no saldrá de su gaveta,  
sino de la mia.

CAROL. (Tomando afectuosamente la mano de su padre.)  
Ah! Bien!

RAMIRO. (Haciendo lo mismo.)  
Bravo!

GABRIEL. Así me lo aconsejan  
mi caridad por un lado  
y por otro su pobreza;  
así la grata memoria  
honraré de don Estéban  
su ilustre padre, a quien Dios  
haya dado gloria eterna;  
así en fin excusará  
poner su cara en vergüenza  
esta infeliz.

CATUJA. ¡Oh infinita  
bondad!  
(Queriendo arrodillarse é impidiéndoselo D. Gabriel.)  
Besaré la tierra  
que pisa mi bienhechor...

GABRIEL. No!

CATUJA. Sí.

GABRIEL. Nada de pamemas!

CATUJA. (Á Carolina )  
Vuelvo á afirmar, señorita,  
que es esta casa vivienda  
de ángeles. Ah! yo bendigo  
agradecida la estrella  
que aquí me trajo. Oh ventura!  
Sin humillar mi cabeza  
á un mal caballero, indigno  
de mí, saldré de miseria.  
(Á D. Gabriel.)  
Bien dice usted, ciudadano:  
pundonor, delicadeza  
sobre todo: este es mi norte;  
esta...

GABRIEL. No más...

CATUJA. Con licencia  
de ustedes... Ah! ofrece á ustedes  
Catuja la costurera



su fina amistad...

CAROL. Bien.

GABRIEL. Basta...

RAMIRO. Abur...

CATUJA. Y una pobre celda,  
calle del Humilladero...

(Sacando una tarjeta y dejándola sobre un velador.)

Aquí dejo la tarjeta. —

Número...

CAROL. No es necesario...

CATUJA. Sotabanco de la izquierda.

## ESCENA VI.

CAROLINA. D. RAMIRO. D. GABRIEL.

CAROL. Gracias á Dios que se fué!

GABRIEL. Sí, y sin ella, y sin el plepa  
del Marqués, y sin el otro  
fantasmon, y sin cartera  
sobre todo, ¡qué tranquila  
será de hoy más, qué halagüeña  
la vida que...

CRIADO. (Á la puerta del foro.)

Un oficial  
del Ministerio de Hacienda...

CAROL. ¡Otra vez...

GABRIEL. No! Dios me libre.—

Á mi despacho. (Váse el criado.)

No temas.

Le mandé que me trajera  
á firmar...; cosas resueltas  
dias ha y de puro trámite.

Amo y venero á mi Reina,  
pero ¡mando? Una y no mas!  
Compadezco á quien le hereda.

ESCENA VII.

CAROLINA. D. RAMIRO.

- RAMIRO. Tronaron tus pretendientes.  
Yo te felicito, prima.
- CAROL. Sí?
- RAMIRO. Sí. Verte daba grima  
sitiada por tales entes.
- CAROL. Sí, ya puedo á mi albedrío  
mejorarme, y de esta gracia  
soy deudora á la eficacia  
de tu celo, primo mio.
- RAMIRO. No me des á mí la palma:  
Dios...
- CAROL. Bien; Dios todo lo hace;—  
mas tan feliz desenlace  
¿no es grato también á tu alma?
- RAMIRO. Sí, que tu felicidad  
prefiero á la mia. (¡Ay Dios!)
- CAROL. Bien; pero... ¿hay entre las dos  
incompatibilidad?
- RAMIRO. Sí.—No!—Perdona, divina  
mujer, si mal de mi grado...  
¿Cómo ser yo desgraciado  
siendo feliz Carolina?
- CAROL. Yo feliz!... Mayor zozobra  
es lá que ahora me asalta.  
Yo feliz! Mucho me falta  
para eso.
- RAMIRO. Ó mucho te sobra.
- CAROL. Qué?
- RAMIRO. Nada.
- CAROL. Esa reticencia  
me hace reir... y llorar.  
Qué me puede á mi sobrar?  
Dilo: acaba.
- RAMIRO. Mi presencia.
- CAROL. Jesus!... ¿Otra vez (Me quemó!)  
esa manía te acosa?
- RAMIRO. Dios lo quiere.

CAROL. Eh! no hay tal cosa.

RAMIRO. Y es justo...

CAROL. Eres un blasfemo.

RAMIRO. No, prima...

CAROL. Sí una y mil veces.

Á ménos que de este asilo  
el odio te aleje... Dilo  
sin reparo: me aborreces?

RAMIRO. Yo aborrecerte! Al contrario:  
te amo con idolatría.

CAROL. (Ah! por fin...) Ya lo sabía.

RAMIRO. Perdon! Soy un temerario.

CAROL. (Riéndose.) Tú!

RAMIRO. Te ries!

CAROL. No...

RAMIRO. Te escamas!...

Ya mi imprudencia maldigo.

CAROL. Pues yo no.

RAMIRO. Enterrar conmigo  
debí mi secreto.

CAROL. Me amas!

Y amándome huyes de mí!

RAMIRO. Sí.

CAROL. Pero ¿acaso es ruindad  
quererme?

RAMIRO. Es temeridad;  
ya lo he dicho.

CAROL. Por qué?

RAMIRO. Sí,  
porque, á no perder la cholla,  
no sube tanto de punto  
la ambicion del que es, por junto,  
letrado de misa y olla.  
Ah! no: á morir me sentencio  
ántes que á vil interés  
se achaque mi odio al Marqués  
y al ínclito don Fulgencio.

CAROL. Hombre de Dios! ¿Ahora sales  
con eso? ¿Tanto exageras  
tu humildad? ¿No consideras  
lo que ellos son y tú vales?  
Ah Ramiro! Dí mas bien,

y perdonártelo puedo,  
que te enmudecía el miedo  
de provocar mi desden.—

Pero... si te amase yo...

(Salgamos ya de este potro!)

RAMIRO. (Sobresaltado.) Peor es esto que lo otro.

¡Adios...

CAROL. (Para sí.)                    Virgen de la O!,  
qué hombre es este?

(Cerrando la puerta del foro, á la cual se dirigia don  
Ramiro.)

Eh! no se vaya  
el taimado, el... No se irá.  
No faltaba más!—Papá!...

RAMIRO. Yo...

CAROL.                    Esto pasa de la raya.—  
Yo te juro por mi nombre...  
Papá!—Esto es ya ser grosero...

## ESCENA VIII.

CAROLINA. D. RAMIRO. D. GABRIEL.

GABRIEL. Llamas?

CAROL.                    Sí.

GABRIEL.                    Qué quieres?

CAROL.                    Quiero...

que me prenda usted á ese hombre.

GABRIEL. Por que? Por alguua riña  
pueril.

CAROL.                    Por una maldad.

GABRIEL. Pero ¿con qué autoridad?

CAROL.                    Con la de ministro.

GABRIEL.                    Niña!

CAROL.                    Sí, sí.

GABRIEL.                    ¡Un ministro prender  
como aguacil!... Cosa extraña!

CAROL.                    Un ministro hace en España  
todo lo que quiere hacer.

GABRIEL. No, hija mia.—Mas si ya  
no lo soy, ¿cómo pretende  
tu antojo...

CAROL. Bah! se le prende  
con fecha de ayer, papá.

GABRIEL. (Á D. Ramiro.)  
Hable usted, caballero.  
¿Qué ha habido aquí...

RAMIRO. (Muy turbado.) Yo... señor...  
Sí...

GABRIEL. Tiemblas!

CAROL. Ese temblor  
denuncia su atroz delito.

GABRIEL. ¡Delito un hombre tan probo,  
tan...

CAROL. No hay que fiarse de él;  
que también suele con piel  
de oveja vestirse el lobo.

GABRIEL. Lobo tú!

CAROL. Y leopardo, y grifo.

GABRIEL. De qué eres reo?

CAROL. De amor.

GABRIEL. Á tí?

CAROL. Sí, se... No, señor!

GABRIEL. No entiendo ese logogrifo.

CAROL. Ni yo.

GABRIEL. Sí y no... Me confundo.

CAROL. Me ama, y huye de mi casa!

GABRIEL. Sí?

CAROL. Sí. Lo que á mí me pasa  
no tiene ejemplo en el mundo.

GABRIEL. Qué dices tú á eso?

RAMIRO. Nada.

CAROL. Yo hablaré, pues fuerza es.  
Va á verse aquí entre los tres  
un pleito á puerta cerrada.—  
Usted, juez.

GABRIEL. No soy togado.

CAROL. No le hace.

GABRIEL. La acusadora  
serás tú.

CAROL. Es claro.

GABRIEL. En buen hora;  
y Ramiro tu abogado.

CAROL. Qué absurdo! ¿Cómo...

:

- GABRIEL. Ya veo...
- CAROL. Él sólo á pobres defiende;  
yo no soy pobre, y por ende...
- GABRIEL. Si; olvidaba... Él es el reo.
- CAROL. Aunque es de ciencia un abismo,  
no la he menester, papá.
- GABRIEL. Tanto mejor.
- CAROL. Y harto hará  
en defenderse á sí mismo.  
Y nadie de esto se asombre;  
que su instinto seguirá,  
porque *hombre pobre*, quizá  
no lo es; pero es un *pobre hombre*.
- GABRIEL. Comienza ya tu alegato.
- CAROL. Lo haré pues sin ceremonia,  
ya que es tal la... parsimonia  
de ese doctor timorato.
- GABRIEL. Bien.
- CAROL. Óigame usted, señor...
- GABRIEL. Sí.
- CAROL. Con la benevolencia  
de un padre y con la indulgencia  
piadosa de un confesor.
- GABRIEL. Sí, Carolina, sí; pero  
esta segunda alcaldada...  
¿Ahora quieres que invada  
la jurisdiccion del clero!
- CAROL. En suma, estamos los dos  
uno del otro prendados,  
ciegamente enamorados...
- GABRIEL. Sí? Loado sea Dios!
- CAROL. Pero él es tan recoleto,  
que no se daba á partido,  
y con pinzas he tenido  
que arrancarle su secreto;  
y despues que logra ufano  
á dos rivales vencer,  
me desahucia á mí! Esto es ser  
el perro del hortelano.
- RAMIRO. Rectificaré.
- CAROL. Al fin hablas!
- RAMIRO. Con placer, con regodeo

á sus dos galanes veo  
retirados de las tablas;  
no por mi propio interés,  
aunque es verdad que la adoro,  
sino porque á su decoro  
cumple olvidar á los tres.  
Yo que culpé con justicia,  
mas sin segunda intencion,  
de uno la ciega ambicion,  
de otro la torpe codicia,  
¿cómo pudiera, hombre oscuro,  
sin sospecha de egcismo,  
dar por bueno en mí lo mismo  
que en ellos odio y censuro?

GABRIEL. ¿Temes—tu temor denigro—  
que de tí se rian...

CAROL. Sí.

GABRIEL. No eres tú tan baladí  
que corras ese peligro.

CAROL. Ser ridículo, á fé mia,  
es un estigma cruel;  
mas tambien se incurre en él  
por temerle en demasía.  
El hombre pundonoroso  
nunca caerá en menosprecio  
por satirizarle un necio  
ó morderle un envidioso.  
Yo tales juicios condeno,  
y aunque no soy leguleya,  
ni fuí con prosopopeya  
doctorada á claustro pleno,  
probaré de varios modos,  
en un luminoso artículo,  
que es tal vez el más ridículo  
quien pone mazas á todos,  
y aunque la frivolidad  
tanto abusa de ese nombre,  
siempre está en manos de un hombre  
tener honra y dignidad.

RAMIRO. Tienes razon...

CAROL. Pero á tí  
no hay ninguna que te cuadre.—

Desherédeme usted, padre;  
á ver si me quiere así.

RAMIRO. Eso no!...

GABRIEL. Silencio!

RAMIRO. Callo.

GABRIEL. Visto lo que cada cuál  
ha alegado, bien ó mal,  
resumo el debate, y fallo. —  
Visto que el título infama  
de caballero el amante  
que, esquivo y recalcitrante,  
vota en contra de su dama;  
y que, pues un rico dote  
nunca fué tacha legal,  
si álguien le escupe, ese tal  
es tonto de capirote:  
considerando que no es  
de ahora mostrar Ramiro  
en su modesto retiro  
ejemplar desinterés;  
y por fin, considerando  
que debe ser tu marido,  
pues él para tí ha nacido,  
para él tú; ordeno y mando  
que acabemos de una vez  
y santo vínculo os ate;—  
y por si hago un disparate,  
condeno en costas... al juez.

RAMIRO. Tío amado! Ya prescindo  
de mi necia cobardía  
y de una filosofía  
que no es de moda. Me rindo.  
¿Y cómo no, si esos ojos  
harían pecar á un santo?  
Sí, mi vida; sí, mi encanto.

(Alargando su mano en demanda de la de Carolina)  
Dame...

CAROL. Pídela de hinojos.

RAMIRO. Sí, á tus piés me precipito. (Lo hace.)

CAROL. Aunque el triunfo es lisonjero,  
¡harto le he sudado...

RAMIRO. Ah!



- CAROL. Pero  
á buen bocado buen grito.
- RAMIRO. Buen bocado yo, alma mía?  
¡Tú sí...
- CAROL. Levanta! (Le alza con sus dos manos.)  
Me quieres?
- RAMIRO. Con delirio. — ¡Tú sí que eres  
néctar, maná y ambrosía!
- CAROL. Nada perderán á fe,  
tus pobres, porque de hoy más...
- RAMIRO. Qué?
- CAROL. Tú los defenderás  
y yo los socorreré.
- GABRIEL. No os congratulais conmigo?
- CAROL. { Sí! (Corren á los brazos de D. Gabriel )
- RAMIRO. {
- GABRIEL. Precursor de otro lazo  
mas dulce sea este abrazo.
- CAROL. Papá!
- RAMIRO. Señor!
- GABRIEL. Yo os bendigo.
- CAROL. Y tras de esa bendicion,  
nos dará su visto-bueno  
todo aquel en cuyo seno  
lata un noble corazon.

FIN DE LA COMEDIA.

*Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.*  
*Madrid 24 de Diciembre de 1865.*

El censor de teatros.

NARCISO S. SERRA.

Maria  
n 1818.  
vista de pájaro  
re hojuelas.  
de Polonia.  
ó la Emparedada.  
Blanco.  
se entiende, ó un hom-  
ido.  
contra nobleza.  
do oro lo que reluce.

o de enmienda.  
rio revuelto.  
y por él.  
ridas las de honor, ó el  
avio del Cid.  
uerta del jardín.  
o caballero es D. Dinero.  
veniales.  
y castigo, ó la conquis-  
Ronda.

avido al Coronel!...  
mucho abarca.  
erte la mia!  
es el autor?

y Medbro.  
e buena ley.  
nas teo.

na la Gitana.  
y Marie.  
Flora.

tando.  
riquita.  
sauto, ó el Alcalde pro-  
r.

iller.  
rino.  
yo de una ópera.  
sero y la maja.  
o del hortelano.  
ta y en Marruecos.  
en la ratonera.  
no mono.  
s de carnaval.  
rio (drama lirico.)  
illon de la Rioja (Música)  
nde de Letorieres.

¿Quién es el padre?

Rebeca.  
Rival y amigo.

Su imagen.  
Se salvó el honor.  
Santo y pecana.  
San Isidro (*Patron de Madrid*).  
Sueños de amor y ambicion.  
Sin prueba plena.  
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.  
Traidor, inconfeso y martir.  
Trabajar por cuenta ajena.  
Todos unos.

Un amor á la moda.  
Una conjuracion femenina.  
Un domine como hay pocos.  
Un pollito en calzas prietas.  
Un huesped del otro mundo.  
Una venganza leal.  
Una coincidencia alfabética.  
Una noche en blanco.  
Uno de tantos.

Un marido en suerte.  
Una leccion reservada.  
Un marido sustituto.  
Una equivocacion.  
Un retrato á quemarropa.  
¡Un fiberio!  
Un lobo y una raposa.  
Una renta vilancia.  
Una llave y un sombrero.  
Una mentira inocente.  
Una mujer misteriosa.  
Una leccion de córte.  
Una falta.  
Un paje y un caballero.  
Un si y un no.  
Una lágrima y un beso.  
Una leccion de mundo.  
Una mujer de historia.  
Una herencia completa.  
Un hombre fino.  
Una poetisa y su marido.  
¡Un regicida!  
Un marido cogido por los cabe-  
llos.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la  
Serrania de Ronda.

## ZARZUELAS.

El mundo ó escape.  
El capitan español.  
El corneta.  
El hombre feliz.  
El caballo blanco.  
El Colegial.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música.*)  
Jacinto.

La litera del Oidor.  
La noche de ánimas.  
La familia nerviosa, ó el suegro  
omnibus.  
Las bodas de Juanita. (*Música.*)  
Los dos flamantes.  
La modista.  
La colegiala.  
Los conspiradores.  
La espada de Bernardo.  
La hija de la Providencia.  
La roca negra.  
La estatua encantada.  
Los jardines del Buen Retiro.  
Loco de amor y en la córte.  
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones  
de Edimburgo.  
La Jardinera (*Música*)  
La toma de Tetuan.  
La cruz del Valle.  
La cruz de los Humeros.  
La Pastora de la Alearria.  
Los herederos.

Mateo y Matea.  
Moreto. (*Música.*)

Nadie se muere hasta que Dios  
quiere.  
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.  
Por sorpresa.  
Por amor al prójimo.

Tal para cual.

Un primo.  
Una guerra de familia.  
Un cocinero.  
Un sobrino.  
Un rival del otro mundo

# PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

## PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lucena.....	Cabeza.
Albacete.....	Perez.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Alcoy.....	Martí.	Mahon.....	Vinent.
Algeciras.....	Almenara.	Málaga.....	Taboadela.
Alicante.....	Ibarra.	Idem.....	Moya.
Almeria.....	Alvarez.	Mataró.....	Clavel.
Avila.....	Lopez.	Murcia.....	Hered. de Andrión
Badajoz.....	Ordoñez.	Orense.....	Robles.
Barcelona.....	Sucesor de Mayol.	Orihuela.....	Berruezo.
Idem.....	Cerdá.	Osuna.....	Montero.
Bejar.....	Coron.	Oviedo.....	Martinez.
Bilbao.....	Astuy.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Burgos.....	Hervias	Palma.....	Gelabert.
Cáceres.....	Valiente.	Pamplona.....	Barrena.
Cádiz.....	Verdugo Morillas y compañía.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Castellon.....	Perales.	Reus.....	Prius.
Ceuta.....	Molina.	Ronda.....	Gutierrez.
Ciudad-Real.....	Arellano.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Rodrigo..	Tejeda.	San Fernando...	Martinez.
Córdoba.....	Lozano.	Sanlúcar.....	Esper.
Coruña.....	Lago.	Sta. C. de Tenerife	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander.....	Hernandez.
Ecija.....	Giuli.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian...	Garralda.
Figueras.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijon.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y comp.
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara.....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Tarragona.....	Font.
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Baquadano.
Huelva.....	Osorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toro.....	Tejedor.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.	Valencia.....	Mariana y Sanz.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodriguez.
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. <sup>a</sup> y Geltrú.	Creus.
Lérida.....	Sol.	Vitoria.....	Illana.
Logroño.....	Verdejo.	Ubeda.....	Bengoa.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
		Zaragoza.....	Lac.